Destino,
tu
corazón
Aili Evans

Destino,
Tu corazón

Aili Evans

Copyright©2023. Aili Evans
Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Primera edición, 2023 Titulo original: Destino, tu corazón
Diseño de la portada y maquetación: Aili Evans

La fe no pregunta, la fe sabe.

Skye

Noruega

Abro los ojos después de haber tenido un sueño muy profundo. Llevo años soñando con ello y por fin me he decidido. Si no lo hago ahora, ¿entonces cuando?

Tengo treinta y dos años y he ido posponiendo mi sueño más profundo por miedo. Miedo al qué dirán, si me juzgarán, si saldrá mal, pero ¿y si sale bien? Estoy harta de posponer mis sueños. Veo como en la vida de los demás todo avanza, y yo llevo años sintiéndome en una espiral,

viendo como gente que cree que me conoce me juzgan lo sienten compasión de mí.

Sé quién soy, sé lo que valgo, sin embargo durante años he sentido temor a llevar a cabo lo que se supone que es lo más fácil y natural del mundo, creer en mí, saber lo que valgo, pero esos pensamientos de inseguridad que durante mucho tiempo han arraigado en mí, tratan de hacerse hueco, y yo ya decidí ser una nueva yo, se acabó el dejarme para después, se acabó el tener miedo.

Me meto en la ducha y bajo a desayunar. Vivo con mi hermana mayor, Céline, en un pequeño piso de Oslo, aunque nacimos y crecimos en Reine, un pequeño y precioso pueblo pesquero al suroeste de Moskenes en la isla de Lofoten.

Mi hermana vino a trabajar de periodista, y yo a estudiar fotografía. Desde niña amé sacar fotos, pero mi pueblo se me hizo pequeño, y pensé en hacer un curso y dedicarme a ello de lleno. Así qué diez años después aquí sigo.

— Skye, es tu último día aquí, por enésima vez te pido, no te vayas —me suplica mi hermana.

— Yo también te voy a echar de menos, pero necesito irme, alejarme de todo, por favor, no insistas. Es algo que he pospuesto durante muchos años y creo que ya es momento de dejar ir todo. Necesito buscarme. Entiéndelo, por favor.

— De acuerdo, pero quiero que sepas que aquí estaré. Bueno, estaremos esperándote.

Se refiere a ella y su novio Daril, llevan mucho tiempo juntos y él hace dos años que se mudó con nosotras, es muy simpático y adora a mi hermana, cuando los veo juntos siento tanta alegría por ellos. Ya no creo que vuelva a sentir algo así por nadie.

Como es mi último día aquí, he quedado con mis mejores amigas, Victoria y Juli. Han reservado en uno de los mejores restaurantes de Oslo. Quieren hacerme una despedida por lo grande.

Llego a la una, y como era de saber, ya están esperándome. Adoro a mis amigas, nos conocemos desde el primer día que llegué a Oslo. Una estudiaba decoración y la otra empresariales. Somos tan diferentes pero iguales a la vez.

— Te vamos a extrañar, Skye —dicen ambas a la vez —. Prométenos que cuando encuentres eso que tanto buscas volverás.

— No os puedo asegurar nada. Mañana estaré allí, pero no sé dónde estaré en un año. Si algo me enseñó lo de Taylor fue

que nunca se sabe las vueltas que te pueda deparar la vida.

— Pues ya sabes lo que opino yo, Skye. La vida, eso a lo que llamas destino, se lo forja una misma. Tú y solo tú. Nada pasa en ella sin que tú lo permitas —expresa Juli.

Mi amiga Juli, siempre ha sido muy soñadora. Siempre ha creído en la magia de la vida. En que los pensamientos y que en la mente está todo. Yo no creo en nada ya. Solo en que hoy estoy aquí, mañana quien sabe. Claro que va a tener ella miedos si todo le va de maravilla. Tiene un marido guapísimo que la adora. Un trabajo ideal, una casa preciosa, gana mucho dinero. Su vida es perfecta y ella siempre dice que es porque así lo creo.

Sin embargo, Victoria es como yo. Es muy dogmática y le cuesta creer en lo que no ve. Hace pocos meses rompió con su novio y dice que no quiere saber nada de los hombres. Jamás volverá a tener novio.

— Eso llevas diciendo desde que te conozco y luego vuelves a echarte novio —dice Juli riéndose de las ocurrencias de Victoria.

— ¿Porque si Skye dice eso no te ríes y lo que digo yo sí? Voy a hacer como ella, no quiero saber nada del amor.

— El caso de Skye es diferente, Aunque sigo creyendo que encontrará el amor.

— No, olvídalo, en este viaje que voy a hacer va a ser un viaje interior. No me pienso volver a enamorar. Taylor fue el amor de mi vida, duele demasiado, además él sigue en mi corazón, aunque no lo merezca —expreso con los ojos llenos de lágrimas.

— Tienes que superarlo ya, han pasado cuatro años —dice Victoria

— Eso trato de hacer, pero es un autocastigo por haber sido tan estúpida.

— Eres estúpida al pensar eso —responde Juli —. Hemos venido a pasarlo bien, no a hablar de tristezas.

El resto del día lo pasamos genial. Como las voy a extrañar.

Mañana parto hacia *Rayo de luna*, Laponia. Es un pueblo precioso, pegado al Polo Norte. Allí las Auroras Boleares son espectaculares. Me voy a quedar en una casita rural que he pagado por un mes. Luego de ahí, me iré a *Jokkmokk*, Laponia. Quiero recorrerme los sitios que me iba a recorrer en mi luna de miel con Taylor.

Taylor era mi amor de juventud, mi amor fresco, tranquilo, relajado. Nos conocimos siendo unos niños, y cuando vine a Oslo, nos

reencontramos y ahí surgió la magia. Nos enamoramos y a las semanas ya estábamos hablando de boda. Tenía todo preparado para casarnos, hasta la luna de miel. Pero al final todo acabó el mismo día de la boda. A mí aún me duele demasiado hablar de ello. Pero me he animado a ir a los lugares que íbamos a ir. Necesito salir de Oslo, necesito sanar. Nadie de mí alrededor entiende cómo voy a olvidarle si voy a los sitios que iba a ir con él.

Pero es algo que necesito hacer. La ciudad se cae a pedazos ante mí. Siento que todos nuestros amigos me miran con lástima. Mi familia como una fracasada. Quizás tenga razón Juli y sea que soy yo misma la que se siente así y por eso creo que el mundo me ve de esa manera.

Me despido de mis amigas con lágrimas y alegría a la vez. Quizás mi regreso sea que me he encontrado o que vuelvo igual o más perdida de lo que me voy ahora. Ambas me han dado dos regalos, pero no quieren que los abra hasta que no llegue a Rayo de luna. Así que lo voy a cumplir.

Llego a casa y mi hermana esta con Daril. Ambos ven una película. Por cómo me mira mi hermana al entrar sé que Daril está tratando de distraerla porque se siente triste por mi partida.

Me siento a su lado. Sé que es triste que me vaya, si al menos supiera cuando regreso, pero no lo sé. Podría decirle que en seis meses, un año, cuatro, no lo sé. Solo sé que me voy llena de miedo, de inquietud, de angustia, pero lo tengo que hacer.

Agarro a Céline de la mano y me mira a los ojos. Trato de hacerle comprender que todo va a estar bien. Quiero que me crea, necesito que una de las dos se mantenga fuerte. Si no, no sé si podré avanzar en mi camino.

Skye

La marcha

Me ha costado un mundo despedirme de mi hermana. Me ha dado un abrazo y me ha dicho que cualquier cosa que necesite solo tengo que llamarla y se presentará donde quiera que esté para traerme de vuelta. Me ha dado un jersey de lana que mamá le hizo cuando se fue ella sola a estudiar a Oslo, cuando me mudé con ella, se lo quitaba a menudo, porque es tan calentito y reconfortante. Esta bastante desgastado, pero aun hace su labor bien.

Estoy en el tren que me ha llevado hasta Estocolmo y de ahí otro que me está llevando en este momento a Kiruna. Con cámara en mano estoy fotografiando cada rincón que estoy viendo a través de la ventanilla del tren.

Es tan bonito. Estamos a treinta de noviembre. Lo que significa que hace un frio monumental. Todo está cubierto de nieve. En el tren se está calentito.

Me pongo a leer un rato. Llevo muchas horas de viaje y aunque no es que haya hecho mucho, estoy algo cansada. Tengo ganas de llegar y poder estirar las piernas.

Después de no sé cuántas horas por fin estoy en Rayo de luna. He llegado a la estación con mi mochila y mi mini maleta. Mi cámara de fotos está en mi cuello, no la suelto. Voy abrigada hasta arriba. Hace un frio que te corta la piel. Así qué me pongo a caminar con mi mapa en mano. Busco como llegar desde la estación hasta mi casa por un mes. Según pone en el mapa está cerca.

Debo caminar hacia la plaza del pueblo y luego desviarme hasta una zona residencial.

Son las doce de la noche. No hay muchas luces que se diga, pero me da igual. Cojo la linterna de mi teléfono y comienzo a caminar. Al llegar a la plaza veo que hay ambiente. Hay bares, puestos en las calles. Está decorada con luces verdes y rojas. Hay una musiquita puesta. Me parece de lo más acogedor. Recuerdo que no he comido apenas en todo el día, así que me paro frente a una tienda donde tienen de todo, desde ropa de hogar, comestibles, y veo en la vitrina unos sándwiches de una pinta de lo más agradable. Le pido a una señora de unos sesenta años que se me acerca con una sonrisa, que si me puede decir de que son.

Uno es de salmón con eneldo y aguacate, el otro es de queso con pavo fresco.

La boca enseguida se me hace agua. Le pido el primero, ya que hace mucho que no como salmón.

— Eres nueva aquí. Nunca te había visto —expresa la simpática señora.

— Sí. He venido a un retiro espiritual.

— ¡Qué maravilla! Aquí puedes pasar horas y horas sola. Es un lugar muy tranquilo. Sí quieres más ruido aquí en la plaza. Todas las noches hay orquestas, y pequeñas fiestas. Somos personas muy acogedoras. Espero que te animes alguna noche.

— Bueno, quizás. No lo sé. Depende de cómo me sienta.

— ¿Dónde te vas a hospedar? —pregunta.

— En la casa rural llamada Hearth.

— Oh sí, esa casa rural es maravillosa. Tienen una sola casa, porque es enorme. Cuando vienen familias en navidad es grandiosa. ¿No te vas a sentir un poco sola ahí? —dice mirándome con esos grandes ojos castaños.

— Ahora mismo es lo que necesito —respondo cabizbaja.

— Lo siento, no quiero incomodarte. Mi manía de preguntar.

— No se preocupe. No me ha molestado. Por cierto, me llamo Skye, encantada.

— Lo mismo digo, Skye, que nombre tan bonito. Me llamo Solange. Soy la dueña de esta tienda. Cuando gustes serás bienvenida.

Me da la vuelta y me voy a mi casa enorme. Según me ponía en la guía, por la hora en la que iba a llegar, habría alguien esperándome para darme las llaves. Me sentí un poco mal porque es muy tarde y hacer que esté alguien esperando por mí me sabe fatal.

Atravieso casas preciosas, todas decoradas con luces. La nieve es muy profunda pero hay un camino forjado. A lo lejos veo una casa y en la entrada hay un corazón donde pone, Casa rural, Hearth. Ya he llegado.

Hay un jardín bien cuidado y por lo que veo, lo han limpiado de nieve. Un porche enorme con un balancín y la puerta de madera maciza. Llamo al timbre y no tarda en abrirme un señor de unos setenta y tantos años.

— Hola, ¿Eres Skye Bergen? —pregunta sonriente.

— ¡Buenas noches, caballero! Sí, soy yo. Disculpe las horas. Me sabe fatal que haya estado esperándome tanto tiempo —digo llevándome las manos a la cabeza.

— No se preocupe. Para mí es un honor. Me llamo Malcom. Mira te dejo la llave. Debes de firmar estos papeles de puro trámite, ya sabes, de que te quedas en la casa un mes y bueno esas cosas.

Lo leo atentamente y lo firmo. Jamás he firmado nada que no haya leído previamente.

El señor Malcom muy amablemente me enseña la enorme casa.

Es de madera. Hay un gran salón con una chimenea y un comedor detrás. Al otro lado está la cocina enorme con horno de leña. Unas escaleras que me llevan a una gran habitación, con su gran cama, su baño y su vestidor. Al otro lado hay dos habitaciones, una es de invitados y la otra una biblioteca.

Que bien me lo voy a pasar aquí yo sola. A ver si lo logro. Jamás he podido estar más de un día yo sola conmigo misma. Me vienen pensamientos que no debería tener y salgo corriendo a la calle para buscar a gente. Pero esta vez, me he propuesto estar conmigo misma. Necesito sanar viejas heridas que no me dejan vivir en paz.

El señor Malcom se va, no sin antes decirme que es el dueño de la taberna que está al lado de la tienda de comestibles, si necesito algo no dude en avisarle.

Que gente más simpática me he encontrado hasta el momento.

Cuando se va, todo se queda en silencio. Voy a la cocina y saco el sándwich que tan amablemente me vendió Solange. Está delicioso.

Skye

Necesito dormir, mañana empieza mi nueva vida. El silencio es tan profundo que no logro dormirme. En Oslo, oigo voces, coches. Pero aquí es silencio es enorme. No se oye nada. Solo las luciérnagas de vez en cuando. No estoy acostumbrada a estar tan en silencio. Solo oigo mis pensamientos y no quiero, no, me niego. Me viene una y otra vez ese día veinticinco de diciembre de dos mil diecinueve. El día de mi boda con Taylor. Todo preparado, las luces, la música, nuestros amigos, yo con mi vestido satinado color marfil. El altar y la llamada. Mis ojos se llenan de lágrimas. ¿Por qué? ¿por qué maldita sea?

Necesito salir de aquí. Me levanto y voy a la cocina a por un vaso de agua. Me percato de que la nevera está llena. La lacena igual. Entonces me doy cuenta de que en la nevera hay una nota.

Tienes carne, pescado, fruta, verdura, queso y leche en la nevera.

Cortesía del señor Grant.

Que gente más amable. No estoy acostumbrada a nada así, normalmente la gente de ciudad es antipática, egoísta, interesada, solo van a lo suyo. Pero aquí de momento, la gente con la que me he topado son todas muy amables.

Me sirvo un vaso de leche y le pongo canela. Tienen un gran cajón con toda clase de especias, así que le pongo. Necesito conseguir calmarme. M siento en el sofá de ese gran salón con mi manta y me pongo a leer. Es la única manera que tengo para no pensar.

Un ruido profundo hace que me levante de golpe. Me he quedado dormida en el sofá. ¿Qué hora es? Miro mi teléfono que apenas tiene batería y son las ocho de la mañana. No sé a qué hora me logré dormir anoche. Tengo cuatro llamadas perdidas de Celine, y varios mensajes de mis amigas. Que desastre soy, se me olvidó avisar de que llegué sana y salva. Mi hermana es capaz de presentarse aquí mismo si no la respondo. Mientras cargo el teléfono la llamo por manos libres.

— ¿Crees que puedes tenerme así de angustiada todo un día? ¿Por qué no me has llamado antes? —dice al otro lado del teléfono malhumorada.

— ¡Lo siento! Pero es qué llegué tan tarde anoche que se me pasó llamar. Estoy bien, tranquila. Eso sí, te llamaré yo, ya que se supone que vengo a estar tranquila, no pretendo estar

todo el día colgada al teléfono —le advierto.

— Lo sé, pero de vez en cuando para saber que estás bien. ¿Te has acoplado ya? —pregunta.

— Bueno, ahí estoy.

Hablo un rato con ella y luego cuelgo. Tengo hambre y me quiero hacer el desayuno. Luego desharé la maleta y me iré a dar un paseo largo por el pueblo.

Mientras se hace el café, salgo al porche, anoche cuando llegué estaba muy oscuro, ya de por sí me pareció precioso. Me siento en el balancín y contemplo el cielo azul, ese cielo de invierno donde hace un frio veraz.

Me sumerjo en mis pensamientos. ¿Qué hubiera pasado si Taylor y yo nos hubiéramos casado? Hubiéramos pasado la luna de miel en este precioso lugar. Hubiéramos esquiado. Paseado en bici, hecho senderismo, aunque yo soy más de eso, Taylor le gustaba más hacer el vago. Seguro hubiera estado sentado al lado de la chimenea leyendo lo mirando al techo sin hacer nada, Eso era algo de él que me sacaba de mis casillas. Yo siempre he sido más aventurera. Muy culo inquieto.

— Bienvenida a Rayo de luna —escucho decir detrás de mí.

Es tal el susto que me levanto de golpe y le arreo una bofetada. No me esperaba a nadie.

Es un hombre, tendrá mi edad más o menos. Se ha llevado la mano a la cara y ahora mismo no sé quién está más rojo, él o yo.

— Discúlpame, no esperaba a nadie. Estaba metida en mis pensamientos. No suelo abofetear a la gente.

— No, discúlpame tú. No debí sorprenderte así —dice tocándose aún la cara.

— Me llamo Skye. Gracias por la bienvenida.

— Yo me llamo Dylan. ¡Bienvenida!

— ¿Trabajas aquí? —pregunto.

Qué tontería, ¿si no trabajara aquí, que demonios iba a estar haciendo en el porche?

— Sí, estaba limpiando las hojas secas del jardín.

Entonces es el jardinero que tiene todo así de bonito.

— Pues que sepas que tienes un jardín precioso. Me encanta.

— Muchísimas gracias. Es algo que me relaja. Vengo todos los días a cuidarlo. ¿Vas a quedarte mucho tiempo?

— Un mes. Luego seguiré a otro destino.

— Pues espero que disfrutes de tu estancia aquí. Cualquier cosa me dices —responde dándome una tarjeta con un número —. Por aquí no hay mucha gente y nieva mucho, si tienes una urgencia.

— Muchas gracias, lo tendré en cuenta.

Entro en la casa y me dispongo a deshacer las maletas. El silencio hace que me duelan los oídos, necesito escuchar algo. Me enciendo en móvil y me pongo mi playlist de Spotify, escucho una canción que adoraba Taylor, era nuestra canción, con ella de fondo me pidió matrimonio, en nuestra boda hubiéramos comenzado el baile con ella. No sé porque la sigo oyendo. Mi hermana me creó una lista nueva, música alegre, pero no siento ganas de escucharla.

El armario es enorme, todo de madera. Tiene una cajonera incorporada. No están igualadas las tablillas, pero es preciosa, es como sacada de otro siglo. Me traje poca ropa, no tenía ganas de venir cargada, si necesitara algo, siempre me lo puedo comprar. Solo traje dos jeans, varias camisetas, un par de jerséis y mi abrigo. Mi par de botas favoritas, mi gorra marrón, regalo de Taylor y su bufanda, huele a él. Mi hermana trató de hacerme desistir de traerla, dice que me castigo con ello, pero quizás es que yo quiera castigarme. Siento que sí, yo fui la culpable de todo, así que sí, me castigo.

Dylan

Llevábamos tiempo con ganas de volver a alquilar la casa. Pero

estábamos haciendo obra. Esta casa es del siglo XV. Ha ido de familiar en familiar. Muchas generaciones de los Schummer han pasado por aquí. Hasta que el ultimo decidió que era momento de hacerla casa rural. Normalmente se alquila a familias, al ser una casa grande, pero cuando llamaron insistentemente pidiendo por favor que se la alquilaran a la señorita Kohl se decidió que se podría probar.

Después de cerrar el pub, me disponía a ir a casa, pero recordé que me había dejado algo en el jardín el día anterior y creí que debía pasar.

A lo lejos vi a una chica de pelo castaño, así que supe que era la nueva inquilina. No sabía si debía saludar, pero me pareció lo más correcto. Tenía la mirada perdida, la saludé varias veces hasta que reaccionó dándome una bofetada, una buena forma de despertarme. Así qué he preferido dejarla sola y seguir con mis cosas.

He llegado a casa reventado, no me tengo en pie. Toda la noche sirviendo copas, después de haber estado en el jardín parte del día para que la señorita Kohl lo encontrara impoluto.

Solo quiero darme una ducha y meterme en mi cama.

— Dy, no te puedes a costar, me tienes que llevar al cole —dice la voz de la pequeña Ellie.

— ¿Y la abuela? —pregunto alzando una ceja.

— Está metiéndome mi lunch en la mochila, pero yo quiero que me lleves tú, es más divertido, por fa.

Lo dicho, que no hay manera de que pueda dormir.

Ellie, es la hija de mi hermana melliza Ninna, murió hace dos años de una enfermedad horrible. Era madre soltera, desde que murió, mis padres y yo nos hemos hecho cargo de ella, tiene seis años y es la alegría de la casa.

Vivo en lo alto de la colina con ella. Mis padres la cuidan cuando yo no puedo, y el resto del día está en el colegio y en actividades que la mantienen ocupada, así podemos organizarnos bien.

— Vamos pequeñaja, que llegamos tarde.

Después de haber dormido unas largas horas, me dirijo a la casa. Las obras aún no están terminadas, la fachada tiene que terminarse, las ventanas tienen que ir más sujetas y pintarla. Cuando me dijeron de alquilarla estás fechas dije que no estaba acabada, pero que la inquilina no le importaba, así que aquí estoy.

No parece que esté. No quiero molestar. Cuando alguien alquila una casa es para que hagan su vida, no me gusta entrar e interrumpir.

— Buenas tardes, Dylan —dice una voz tras de mí.

— Hola, ¿Qué tal? —respondo

— Estaba preguntándome si sabrías de algún lado donde alquilen bicis, quiero hacer una excursión a lo alto de la colina, pero no me apetece subir a pie.

— Creo que en el sótano hay una bici, esta algo vieja, pero porque no coges mejor la furgoneta. El tiempo no está como para que vayas en bici —respondo bajándome de la escalera.

— ¿La que está en el garaje? Será de alguien. No, prefiero no cogerla, no sé de quién sea —contesta angustiada.

Por lo que observo de ella debe de estar asustada por algo. No la conozco de nada, pero las dos o tres palabras que hemos cruzado, está como distraída todo el tiempo, y no sonríe nada, algo extraño.

— Es mía, tengo esa y otra que es con la que trabajo siempre. La tengo ahí porque no tengo sitio para dejarla. Puedes usarla sin problema.

— Pero está nueva. Y si la rozo o algo. No, qué responsabilidad —dice colocándose el gorro.

— No la usa nadie, se va a estropear, úsala, de verdad —le tiendo las llaves.

— Desde que llegué ayer estoy sorprendida. Todos sois muy amables. Jamás había conocido a gente tan encantadora. ¡Muchas gracias!

— No te creas que todos en este pueblo somos así. Los hay también bastante antipáticos. Pero has dado con la familia sonrisa.

— ¿Eres familiar de Malcom? —pregunta con sorpresa.

— Es mi padre. Malcom Schummer III —digo orgulloso.

— ¿Esta casa es vuestra?

— Sí. La alquilamos todo el año, pero este la estábamos reformando cuando la reservaste.

— Pues es preciosa. Gracias por el favor.

Se dirige al garaje donde está el coche. Deja en la parte trasera su cámara fotográfica y la mochila.

Me dice adiós con la mano y se aleja. No sé porque esta mujer pueda estar sola aquí, pero es raro que con su edad haya venido a pasar las fiestas sola a un pueblo lejano, sin amigas ni nadie…

Skye

Jamás en mi vida había conocido a gente tan encantadora. Primero anoche en la tienda la señora Solange, un encanto. Luego Malcom y ahora Dylan. Nadie en su sano juicio deja un coche nuevo a una desconocida. ¿Y si huyo con él? Aunque de donde quiero huir no puedo llevarme el coche. A veces si pudiera me desenroscaría la cabeza como cuando se la desenroscaba a las muñecas, para no pensar. Mi amiga Juli me diría, Skye, no alimentes esos pensamientos y verás como no haría falta quererte quitar la cabeza. ¿Pero cómo demonios controlo todos esos pensamientos?

Llego a lo alto de la colina. Aparco el coche. Que vistas más espectaculares tiene. Se ve como si fuera de juguete. Todas las casitas juntitas. La nieve alrededor. A lo lejos la plaza con sus tejados rojos. Es un pueblo encantador. Saco unas cuantas fotos, aunque la mejor la tengo en mi retina.

Hacia un lado veo un caminito, si voy por ahí, veré el otro extremo del pueblo, así que cojo mi mochila y entro en él. Una casa de color blanca y el tejado de pizarra está en la loma. Que suerte tiene la persona que viva aquí, tiene unas vistas espectaculares. Tiene un mirador acristalado. No quiero mirar mucho por sí me ven y creen que estoy cotilleando.

Sigo avanzando y a lo lejos un lago cristalino inunda mi pupila. ¡Que espectacular! Me siento en una roca y fotografió durante media hora. Saco todos los ángulos habidos y por haber.

De pronto otra vez los pensamientos que me atormentan. Y una oleada de lágrimas inunda mi cara. No puedo parar de llorar. Me viene a la mente ¿y si Taylor y yo hubiéramos descubierto esto juntos? Sería nuestro lugar en el mundo. Solo para él y para mí. Me prometió tantas cosas, luego se marchó.

¿Por qué tuviste que dejarme? ¿No pensaste en cómo me sentiría? Me has matado en vida. Jamás te lo voy a perdonar. Aunque yo tuve culpa de que te marcharas —digo a pleno pulmón mientras miles de lágrimas recorren mi rostro.

Ha empezado a llover, así qué decido volverme al coche, no quiero pillarme una pulmonía, lo que me faltaba entonces.

Entro en el coche, y me seco las lágrimas. No quisiera tener un accidente. Me siento un poco más liberada.

Tengo bastante hambre, no he comido nada desde el desayuno, así que decido ir a la plaza y curiosear por ella.

Lo bueno de estos sitios es que encuentras aparcamiento en todas partes.

La plaza esta con bastantes personas, me acerco a los escaparates que están llenos de luz y de alegría. Me llama la atención uno en concreto, tiene el gorro de lana más bonito que jamás haya visto. Es de color marrón, tiene una flor tejida por detrás, es color naranja.

— Hola, Skye. ¿A que es precioso? —dice una voz detrás de mí.

Al darme la vuelta me encuentro con Solange, la mujer que me vendió anoche ese delicioso sándwich.

— Hola, sí, es una hermosura. Que buenas manos para hacer algo así —respondo.

— Gracias, cuando quieras te enseño —contesta con su sonrisa pizpireta.

— ¿Es suya? —pregunto.

— Sí, de vez en cuando tejo cosillas pero vamos muy de vez en cuando. No me da tiempo para nada más. Entre la tienda, el pub y mi nieta.

— ¿Tiene una nieta? —pregunto.

— Sí, pero no me llames de usted, llámame, Solange. Dime, ¿has cenado algo?

— No, me disponía a buscar un sitio donde comer algo de cuchara.

— Perfecto, ven conmigo, vamos al pub de mi hijo que también sirven comidas y cenas.

Nos dirigimos en silencio. No paro de observar todo. Es un pueblo con encanto, la verdad. Que feliz hubiera sido si Taylor estuviera conmigo aquí. ¡Basta ya! Me digo a mí misma. Disfruta de la compañía de esta amable mujer.

Aún tengo los ojos llenos de lágrimas. Otra vez siento la avalancha abalanzarse sobre mi rostro, por Dios, Skye, para ya.

— Ya hemos llegado, es aquí —dice Solange mirándome a la cara —. Pero ¿Qué te pasa? ¡Estás llorando!

— Nada, estoy emocionada —alcanzo a decir.

Entramos en el pub. Está lleno de gente. Me resulta un lugar agradable, la verdad. Suena música y alguien comienza a cantar, me sorprendo al ver a Dylan, el jardinero y dueño de la casa donde me hospedo está cantando. Vaya, la gente de aquí trabaja mucho.

— ¿Qué quieres beber? —pregunta Solange.

— Una cerveza, por favor.

Se acerca a la barra y se pone a hablar con una camarera. Debe de tener mi edad. Me mira y levanta la mano. Yo saludo también. Me siento algo cohibida, no conozco a nadie, y me miran porque soy nueva. Dylan se aproxima a mi mesa mientras continúa cantando. Me muero de vergüenza. Cuando acaba la canción, le da el micrófono a otro señor.

— Bienvenida a mi pub —dice saludando.

— Gracias. No sabía que también tuvieras un bar —respondo.

— Vaya, ya veo que conoces a mí hijo —responde Solange.

— ¿Eres la madre de Dylan? La esposa de Malcom.

— Si hija mía. Esa soy yo. Pensarás, ¿esta gente cuantos locales tiene? Mi marido es dueño de medio pueblo. Su familia era muy rica y fue de generación en generación. La gente se fue a vivir a la ciudad y dejaron esto de lado. Así qué, o nos hundíamos o sacábamos esto adelante, así fue como abrimos la tienda, y decidimos hacer la casa rural. Luego Dylan, llego de estudiar y se quedó con este local. Era de mi hija.

— Ah, tienes una hija también —digo dando un sorbo a mi cerveza.

— Sí, tenía, ella murió.

— Lo siento mucho. No debí…

— No pasa nada. No lo sabías. Además, la mejor forma de recordarla es sonriendo.

Me traen un plato de Artsoppa med pannkakor, es una sopa de guisantes con panqueques. Jamás la he probado, aunque si la había oído, Taylor me informaba de todas las cosas que quería que hiciéramos aquí, entre ellas comer este típico plato.

Todos me observan con curiosidad. Así que me meto la cuchara en la boca. Umm, el sabor es delicioso. Además de calentito, ideal para este frio.

— Está muy bueno, Solange. ¡Enhorabuena a quien lo haya hecho!

— ¡Gracias! —responde Dylan,

Se me hace muy amena la compañía con Solange. Ha estado cenando conmigo y me ha contado de todo un poco. Me viene genial para distraer la mente, aunque sé que es necesario que esté sola.

Skye

Llevo dos semanas en este precioso lugar. Todas las noches, Solange quiere que cene con ellos. Anoche vinieron a casa ella y Malcom. Son

gente de lo más sencilla. Ya Dylan comenzó a pintar la fachada. Cuando él llega yo me voy. Ya me he recorrido el pueblo y me lo conozco entero. Pero no he logrado dejar atrás esos pensamientos. Me cuesta.

Ayer hable por *facetime* con mis amigas. Victoria me dijo que volviera.

¿Qué bien te puede hacer estar en un lugar donde tenías pensado ir de luna de miel? ¿Así pretendes olvidar?

Sé que puede que tenga razón. Necesito sentarme y ponerme a vaciar mi mente de pensamientos que no me hacen bien. Debo enfrentarme a ellos.

Me traje las cartas que Taylor me escribía. Y traje mi diario. Antes tenía uno donde anotaba todo, pero después de lo que pasó, no he vuelto a abrirlo. Me he decidido a hacerlo.

15/01/2019

Taylor y yo nos vamos a casar en pocas semanas, estoy tan feliz. Hemos ido a festejar con todos nuestros amigos. Luego nos hemos subido en la noria y allí, un poco más cerca del cielo, me dijo que siempre sería todo.

Nota de Taylor;

Me alegro de que pronto vayas a ser mi esposa. Podremos estar moviéndonos de un lado a otro. Podremos hacer puénting, y todas esas cosas que amo hacer. Me encanta que te gusten las mismas cosas que a mí.

Realmente no era así. Yo prefiero quedarme en casa tranquila leyendo que estar haciendo puénting. No se trata de que sea aburrida, pero hay cosas que no veo que sean necesarias de hacer. A él siempre le gustó hacer cosas extremas. Desde niño.

Y otra vez estoy llorando. Siento un profundo dolor por lo que me hizo, pero no puedo ni quiero olvidarle. No puedo avanzar, mi vida es una espiral de Taylor y ese día, el día de nuestra boda.

Alguien llama a la puerta, es Dylan. Le digo que entre.

— Disculpa la interrupción, es que estoy sediento —dice secándose la cara.

— Claro, coge lo que quieras, estás en tu casa.

— Bueno, hasta primeros de enero es la tuya —responde sonriendo —. No quiero parecer entrometido, pero te veo triste, ¿te encuentras bien?

— No, la verdad. Pero lo que me pasa me lo merezco.

— No sé lo que te haya pasado, pero no creo que lo merezcas.

Eres joven, tienes ahí fuera un mundo precioso por descubrir, sal y vive —responde.

— No me conoces de nada. No tienes derecho a decirme eso. Tú no tienes ni idea —expongo enfadada.

— Lo siento, tienes razón. No quería molestarte.

Me siento horriblemente mal por haberle respondido así.

— Dylan, lo siento. No he tenido un buen día. Bueno, no he tenido unos buenos años, cuatro para ser exactos. Perdóname, por favor —digo ofreciéndole mi mano.

— De acuerdo, no ha pasado nada —responde haciendo un guiño y saliendo de nuevo al jardín.

Tienen razón todos los que me conocen. ¿Qué estoy haciendo con mi vida? Me estoy muriendo en ella. No puedo seguir así, ¿pero cómo lo hago? Quizás tienen razón mis amigas, si he venido aquí a torturarme ¿no será mejor que regrese? O al menos que salga con esta gente tan simpática.

— Dylan, ¿puedo invitarte a un café? Pero no aquí. Tienes razón, si estoy aquí, al menos debería salir al mundo.

— Perfecto. Te voy a llevar a un sitio precioso. No está en el pueblo, está un poco retirado, pero sé que te va a gustar. Deja que vaya a mí casa a ducharme y te recojo en media hora, ¿te parece? —pregunta sonriendo.

— Me parece genial. Aquí te espero.

Me pongo unos jeans, un jersey gordito de cuello vuelto y mis botas negras favoritas.

Me siento fuera a esperarlo. Hoy hace un día bonito. Hace frio pero está despejado.

Un coche enorme se para frente a mí tocando el claxon. No había visto ese coche en el tiempo que llevo aquí.

Baja la ventanilla y veo a Dylan haciéndome una seña. Así que cierro la puerta con llave me pongo mi chubasquero y me subo en el coche.

— ¿Cuántos coches tienes? —pregunto asombrada.

— Era de mí hermana. No lo uso mucho, solo cuando voy a lo alto de la colina.

— La extrañas mucho, ¿verdad? —pregunto.

— Muchísimo. Pero me aferro a que ella vivió feliz. Se fue tranquila y sabiendo que todos íbamos a estar bien. Prefiero que dejara de sufrir a tenerla aquí enferma. Lo pasó tan mal.

Duele no verla, pero sé que está feliz donde está —dice sonriendo mientras para en un semáforo.

Me quedo mirando al horizonte pensativa. Admiro a las personas que hablan así y ven la vida de ese modo. A mí me cuesta bastante aferrarme a que un ser querido se vaya y te deje tirada, hecha una porquería. Pero en sus ojos veo serenidad y paz. Sus padres también.

— ¿Puedo hacerte una pregunta? —pregunta sacándome de mis pensamientos.

— Claro. Pregunta lo que quieras.

— No quiero incomodarte, pero es que necesito hacértela. ¿De qué o de quién huyes, Skye? —cuestiona mirándome a los ojos.

Me quedo dubitativa. La pregunta ha ido directa como una flecha.

— De mí misma —respondo rápidamente.

— ¿Huyes de ti? No te conozco, pero pareces una buena persona, lista, trabajadora. Y por lo que has contado a mí madre delante de mí, tienes una familia y amigas que se preocupan por ti.

— Huyo de la culpa. Me mata. Antes no era este ser oscuro que ves. Antes solía reír, cantar. Siempre fui optimista, veía el mundo con otros ojos. Pero todo eso se acabó hace cuatro años.

— ¿Qué pasó? —pregunta con cuidado.

— Me iba a casar y todo acabó el día de nuestra boda.

Me quedo callada. No quiero seguir hablando del tema. Se me ha puesto un nudo en la garganta. Los ojos se me han llenado de lágrimas.

— Lo siento. No quería hacerte sentir mal.

— No te preocupes. Es algo que debo superar. Por eso vine aquí, solo qué, no me siento con fuerzas para hablar de ello.

— Sí en algún momento quieres contármelo, aquí estoy para escucharte.

— Gracias —respondo abriendo la ventanilla y asomando la cara por ella. El frio gélido me parte la piel, pero es la única forma de despejarme la cabeza.

Después de una hora en coche donde Dylan puso música y se puso a tararear, cosa que me animó, yo también canté. Aparca el coche.

Estamos en una mega montaña. El cielo azul está precioso.

Nos bajamos del coche y me tengo que poner el abrigo y mi gorro de lana. Hace un frio enorme.

Caminamos un poco y llegamos a la cima. Las vistas son espectaculares. Aprovecho para sacar unas fotos. Desde este lugar, las casas se ven diminutas.

— Qué bonito sitio —digo yo sin quitar ojo al lugar.

— Sí que lo es. Desde aquí he hecho varias veces puénting.

— ¿En serio? Me encantaría poder hacerlo. A Taylor le hubiera encantado hacerlo conmigo. Taylor es mi ex. Él era aventurero, y soñaba con hacer muchas cosas conmigo.

— ¿Te gustaría hacerlo ahora? —pregunta.

— ¿Ahora? ¿Pero cómo? Es imposible —respondo.

— Para mí no hay nada imposible. Déjame que haga unas llamadas.

Dylan baja un poco la montaña. Busca donde hay cobertura y llama a alguien. No sé cómo vamos a poder hacerlo. Si estamos solos. Es tan precipitado.

— Ya está. En un rato viene mi amigo y nos va a organizar todo para que lo hagamos.

Mientras su amigo viene, me invita a tomar algo calentito en una cafetería que había un poco más abajo.

— ¿Como has podido hacerlo tan rápido? —pregunto.

— Un amigo se dedica a organizar estas cosas. Sobre todo en la época de verano que hay más turismo. Pero hoy hemos tenido suerte, además, él está en casa de su novia, que vive muy cerca de este sitio. Le he dicho que es para una amiga que necesita soltar, y aquí vas a soltar bastante —expresa sonriendo.

— ¿Como voy a soltar? —pregunto.

— Cuando murió Ninna, me sentía muy triste. Mi hermana melliza, era mi todo, me costaba despegarme de ella, así que un día decidí venir aquí y hacer puénting, escribí una carta que me aprendí de memoria, y mientras me tiraba lo gritaba en voz alta. Todo lo que quería decirla, todo lo que sentía, rabia, frustración, desolación.

— ¿Funciono? —pregunto incrédula.

— Cuando llegué al suelo, me sentía más relajado. Mientras soltaba todo, me di cuenta de muchas cosas.

— ¿Qué cosas? —pregunto.

— Sabes muchas cosas de mí, pero yo de ti nada —responde riendo.

— Me siento culpable de que Taylor se fuera. Si no me hubiera puesto así, no se hubiera marchado. Me odio y le odio por ello. Siempre que trato de soltar me doy cuenta de mí infracción, él fue más culpable que yo. Pero no puedo evitar sentirme mal.

Me salen las lágrimas a borbotones. No quería esto. ¿Qué va a pensar Dylan de mí?

— ¿No has vuelto a enamorarte? —pregunta.

— No. Taylor me lastimó tanto. No quiero volver a pasar por algo así.

— Eres una mujer muy guapa. Tienes derecho a amar. Pero no soy quién para decirte que hacer. Eso sí, escribe la carta. Que no sea muy larga. Escribe porqué te culpas, porqué le culpas a él. Todo eso que te está matando. Suéltalo.

— ¿A ti que te hizo sentir? —cuestiono.

— Libertad. Me di cuenta de que mi hermana se había marchado y que la vida sigue para los que nos quedamos aquí. Me di cuenta de que mi hermana no tuvo esa oportunidad, y juré que lo que me quedase de vida, sería feliz.

Me quedo analizando lo que Dylan me ha dicho, y tiene toda la razón.

Necesito soltar, y lo voy a hacer. Pido un bolígrafo y un papel a la camarera de la cafetería y escribo en ella lo que me duele, lo que me culpa. Dylan se ha alejado para dejarme privacidad y se lo agradezco.

Un rato después, tengo muchos nervios. Voy a hacer puénting después de tanto tiempo. El amigo de Dylan nos ha llevado al lugar desde donde lo vamos a hacer. Soy una loca, me voy a tirar al vacío en un lugar que no conozco y me estoy fiando de alguien que conocí que, ¿hace dos semanas?

— ¿Preparada? —pregunta.

— Sí —respondo temblando.

— Tranquila. Estás en buenas manos. De verdad. ¿Te sabes lo que vas a decir?

— Sí. Llevo un rato leyéndolo. Me lo sé.

— No sé porque alguien abandonaría a alguien tan valiente como tú —dice dejándome espacio para que salte.

Su amigo, me ha colocado los arnés. Estoy de pie, a punto de tirarme, es solo cuestión de segundos. Miro para Dylan que me sonríe, su amigo me dice que cuando quiera. Miro al cielo y me tiro.

Todo pasa muy rápido, mientras voy cayendo comienzo a gritar todo lo que siento.

¿Por qué? ¿Porque me dejaste? Nos íbamos a casar. Necesito que me perdones. Yo fui la que te dijo que se me habían olvidado las alianzas en casa y que volvieses a por ellas porque irías más rápido. Podía haber ido yo, o cualquier otra persona, pero no. Te insistí y por mi culpa cruzaste sin mirar y aquel maldito camión te atropelló matándote en el acto. ¡Necesito que me perdones, Taylor! Fui una estúpida. Ahora como voy a seguir sin ti.

He dicho todo gritando a pleno pulmón mientras caía a kilómetros. Cuando me doy cuenta estoy ya abajo colgando del arnés. Mi ojos están inundados de lágrimas, pero como decía Dylan, me siento más tranquila. Por primera vez en años, he podido decir en voz alta lo que me quemaba por dentro.

Camino un poco desubicada, aún tengo en la mente lo que acaba de ocurrir, después de tanto tiempo me he atrevido a decirlo en voz alta y ahora me siento mucho más relajada. No sé cómo explicarlo, pero siento el corazón más tranquilo. ¿Por qué no se me había ocurrido antes? Ahora tengo miedo de que al haber hecho esto, me olvide de él, aunque siempre estará en mí.

No me doy cuenta cuando de pronto me encuentro con Dylan de frente, está con su amigo. Estos me miran y sonríen, y por primera vez sonrío yo también.

— Qué bonito es verte sonreír, nunca más dejes de hacerlo — expresa Dylan tendiéndome la mano para que pueda subir sobre la piedra.

— Muchas gracias, de verdad, hacía años que no me sentía así.

Me quito el arnés y se lo entrego a su amigo, este se despide de nosotros y nos quedamos solos.

— ¿Te apetece comer algo ahora? —pregunta.

— Mucho, estoy hambrienta.

Después de caminar un poco, llegamos a su coche. Lo tiene aparcado debajo de un árbol con manzanas. Jamás había visto un manzano, está precioso. Dylan que ve como lo observo agarra unas pocas y me las tiende.

— ¿Para mí? —pregunto con duda.

— Si, tranquila, este manzano es mio, lo planté cuando murió

mi hermana, y mira que frutos ha dado. Justo en este punto caí yo cuando hice puénting.

Entramos en el coche y me sorprendo cuando llegamos a la puerta de su casa, mi coche está ahí aparcado.

— Mandé que lo trajeran y lo dejaran aquí para que luego no tengamos que ir otra vez donde lo habías dejado —dice mirándome.

Bajamos y Dylan abre la puerta de su preciosa casa. Me invita a entrar y alucino cuando la veo por dentro. ¡Es espectacular! Los techos son altísimos, y es color blanca con muebles negros, muy modernos. Una gran cristalera deja ver el gran acantilado y el mar al fondo.

— ¡Que preciosidad de casa! —expreso mirando a todas partes.

— Gracias, esta casa es algo con lo que llevo soñando mucho tiempo, pero no había tiempo de hacerla hasta ahora.

— Tu madre me dijo que estudiaste y que viniste a ayudarlos, ¿Qué estudiaste? —pregunto tímidamente.

— Arquitectura. Esta casa es diseño mio.

— ¿En serio? Es impresionante, me encanta.

Dylan está preparando la mesa con unos mantelitos muy chulos. me ofrece vino y acepto. Luego saca del horno un pescado que huele de maravilla.

— También cocinas, ¿Hay algo que no sepas hacer? —digo riéndome.

— ¿Sabes que si no te pones límites puedes lograr ser y hacer lo que te propongas? —responde mientras me sirve el pescado en el plato —. Háblame de ti un poco.

Desde que ocurrió lo de Taylor me he vuelto bastante reservada, pero con esta familia me siento relajada.

— Pues soy relaciones públicas, aunque no me dedico a ello desde aquel día, me dediqué a joderme la vida.

— ¿Puedo saber qué es lo que pasó? ¿Te dejó plantada en el altar? ¿Te dejó por otra? —discúlpame si te molesto.

— No, no me molesta, creo que me vendría bien hablar y soltar. Taylor y yo nos conocimos siendo niños y desde adolescentes nos hicimos novios, estábamos muy unidos. Él murió el día de nuestra boda.

La cara de Dylan es un poema al escucharme decir lo que ocurrió.

— ¡Lo siento muchísimo, Skye! No tenía ni idea, lo que te dije

antes es porque el padre de mi sobrina dejó tirada a mi hermana y a su hija por otra.

— No te preocupes, de verdad. Siento lo que ese hombre le hizo a tu hermana, debió ser doloroso para ella —respondo.

— Estábamos hablando de ti, luego te cuento lo de Ninna.

— Pues cuando llegué a la iglesia, me dijo que se le habían olvidado las alianzas. Me enfadé, llevábamos mucho tiempo preparando la boda, y que se le olvidaran las alianzas. Le dije que iría yo a buscarlas, pero el insistió en que mejor iba él. Vivía cerca de la iglesia, lo presioné mucho, estaba muy nerviosa. Se marchó, iba tan deprisa que no se dio cuenta de que estaba cruzando en rojo y cuando me di cuenta corrí hacia él, le grité para que me escuchara, pero no lo hizo y un autobús se lo llevó por delante. Fui corriendo hacia él, estaba lleno de sangre, inconsciente, traté de reanimarle, mientras llegaba la ambulancia se despertó, solo alcanzó a despedirse de mí, me dijo perdóname en su último sollozo y murió en mis brazos.

No puedo evitar llorar mientras lo cuento, es muy doloroso para mí recordar aquello.

— Desde aquel día no he vuelto a ser la misma Skye de antes. Me volví oscura, triste, amargada, perdí el interés por todo. Renuncié a mi trabajo y me fui a vivir con mi hermana y su novio, sé que les he amargado la vida en el tiempo que he estado con ellos. Mis padres me han rogado mil veces que regrese con ellos al pueblo, pero no quiero, me moriría allí. Es donde nos conocimos Taylor y yo.

Dylan escucha atento a lo que le cuento, el pobre debe estar alucinado. Ahora que me escucho en voz alta me doy cuenta de lo triste y deprimente que me he vuelto. Me encantaría poder volver a ser lo que fui, pero no sé cómo.

— ¿Y cómo es que viniste aquí? —pregunta Dylan.

— Pues resulta que era nuestro destino en la luna de miel. Me hablaba mucho de este lugar. Así que este año me animé a venir. Siempre me gustó la fotografía, además de relaciones públicas, hice varios cursos de fotografía, y este pueblo es ideal. Me encantaría volver a ser aunque fuera la mitad de lo que fui antes de que ocurriera esto —confieso mirándolo fijamente.

— Puedes serlo, todo depende de ti, Skye, pero aquí estoy para ayudarte. Yo también era un amargado, pero antes de que

falleciera Ninna. Yo vivía en la capital, allí estudiaba. Tenía una buena vida. Fiestas, mujeres, dinero, pero no era feliz. Me faltaba algo. Por mucho que saliera, o bebiera, o disfrutara de muchas compañías femeninas estaba amargado, por mucho que lo analizara, no comprendía el porqué. Cuando mi hermana enfermó vine corriendo, ella me comprendía, no sé si porque al ser mellizos estábamos muy unidos, pero no lo dudé. Verla enferma me destrozó, pero ella tenía una luz y una alegría que no lograba entender, hasta que me lo hizo ver. Ninna tuvo a mi sobrina sin el padre de esta, la prometió que estaría a su lado, que se casarían, volvió a su hogar para preparar todo, pero no regresó, le envió una carta a Ninna diciéndole que había conocido a una mujer y que no volvería. Mi hermana lejos de hundirse se centró en que iba a tener a su hija, preparó su casa, trabajó todo lo que pudo para ahorrar y darle lo mejor a la niña. Pero un día esa enfermedad llegó y no la abandonó, pero tampoco se dejó abatir, hasta su último aliento fue feliz. Disfrutó de todos nosotros, y antes de irse, me hizo prometerla que no le iba a dar tanta importancia a las cosas que no las tienen. Me hizo ver que la felicidad depende de uno, de lo que tienes en tu interior, y de un plumazo arrancó de mi interior esas amarguras que traía. Me instalé aquí, me dediqué a ayudar a mis padres y darle amor a mi sobrina. Te puedo asegurar que jamás he sido tan feliz.

Escuchar las palabras de Dylan dan aliento a mi vida, jamás me había sentido tan cómoda en un lugar como lo soy aquí. La gente de este lugar es especial, sobre todo esta familia, jamás había visto personas más alegres y generosas.

— Escucharte hablar de lo que os ocurrió dice mucho de lo grande que sois. Lejos de hundirte te hizo más fuerte y tus padres, por lo que veo también lo son.

— Mis padres siempre han sido así, creo que mi hermana lo heredó de ellos.

Me lo quedo mirando y me doy cuenta de lo feliz que reluce su semblante. Sus ojos brillan, su sonrisa tiene un aro especial. Cuando me doy cuenta de que lo estoy mirando mucho le aparto la mirada nerviosa.

— Qué bueno estaba el pescado —digo cambiando el tema.

— Sí, era receta de Ninna, cocinaba de maravilla. Skye, estaba pensando algo, no sé si te apetecerá, puedes decir que no sin problema. Como bien sabes, mis padres son dueños de medio pueblo, y ahora que vienen fuertes las Navidades, ¿te gustaría

ser la relaciones públicas de unas cabañas que están por abrirse por aquí cerca? Por supuesto que te pagaríamos, eso no lo dudes.

— Sí, me encantaría —digo sin pensarlo —. Vine aquí a reencontrarme conmigo misma y creo que sería ideal poder empezar desde mi trabajo.

— Perfecto, entonces mañana si te parece bien, te recojo para llevarte a las cabañas. Así conoces todo y sepas cual será tu labor, ¿Qué te parece? —dice sonriendo.

— Perfecto. Ideal.

Me levanto y llevo los platos a la cocina, luego voy hacia Dylan.

— Creo que debo irme, tú tienes que trabajar en el pub y yo tengo que regresar a la cabaña, quedé en hablar con mi hermana esta tarde por zoom, ya sabes, está preocupada por mí.

— De acuerdo, te acompaño.

Cuando arranco el coche, me doy cuenta de que durante dos horas no he pensado en Taylor, algo que no me pasaba desde hacía cuatro años.

Skye

Durante casi tres horas he estado hablando por zoom, primero con mi hermana que quería que volviera, pero al verme sonreír durante un

rato con ella, se ha quedado confusa, al igual que mis amigas, que al verme pensaron que me había fumado algo. Después de cuatro años me he reído y las he escuchado de verdad, no por encima como estaba haciendo todo este tiempo, he sido una pésima amiga, solo me he centrado en mi dolor, y no me había dado cuenta de que los demás también sufrían. No es que al saltar me haya olvidado de él, eso jamás, pero me siento algo más liberada. La conversación con Dylan y el ver como él superó la muerte de su hermana me han hecho darme cuenta de que los demás que nos quedamos aquí debemos seguir viviendo, al menos eso creo que hubiera querido Taylor, al menos si hubiera sido al revés hubiera querido que el fuera feliz. Aunque me siento culpable por haberle mandado coger las alianzas, no puedo hacer ya nada para evitarlo, si hubiera tenido una bola de cristal esto no hubiera pasado.

Me he sentado en el porche de la casa y bien abrigada me he puesto a leer, me apetecía relajarme.

— Skye, ¿no tienes frio? —dice Solange aparcando.

— ¡Hola! No, estoy bien abrigada con mi manta y mi pijama térmico ¿Cómo estás? —pregunto.

— Bien, estaba buscando a Malcom, el pub está a reventar, ha llegado un bus con turistas y no damos abasto.

— ¿Quieres que os ayude? No es que sea una gran experta en ese campo, pero servir copas no es tan complicado.

— No quiero molestarte, tú has venido a relajarte —expresa.

— No seas tonta, de verdad, ya me he acabado el libro, no tengo nada más que hacer. No quiero estar todo el día durmiendo, además, creo que me vendría bien.

— Entonces me parece perfecto.

Subo a cambiarme y bajo volando, no quiero hacerla esperar.

Cuando llegamos al pub está hasta arriba. La camarera que vi la primera vez y Solange, supongo que Dylan estará dentro, sin dudarlo entro y me posiciono detrás de la barra. Me piden bebidas que jamás había escuchado, tengo que preguntarle a Solange que son porque no los entiendo. En un momento dado, un tipo se pone a discutir con otro por quien estaba primero, así que me pongo frente a ellos y les entrego una copa que estaba preparando y que no tengo ni idea de que es.

— Invita la casa —digo.

Los dos hombres se la beben y por su cara parece que les ha gustado.

— ¿Qué es? Está buenísimo —dice uno de ellos.

— Pues lleva tequila, un poco de vodka y frutos rojos.

— Ponme otro —expresa el otro señor.

No sé cómo ni en qué momento que la noticia de mi bebida se corre como la pólvora, todos quieren probarla. Y lo mejor aún, a todos les gusta.

Unas señoras se ponen a cantar en el karaoke, y yo por fin me puedo sentar un rato.

— Lo has hecho muy bien —dice Solange sentándose a mi lado.

— Hubo un momento que me sentí bloqueada, con esas bebidas que no conozco, pero se me ocurrió inventarme una y mira, funcionó —respondo sonriendo.

— Pues no se hable más, a partir de ahora serviremos esa bebida aquí y se llamara Smile Skye —expresa está mirándome a los ojos.

— ¿Smile Skye? ¿Por qué? —pregunto con curiosidad.

— Porque en el poco tiempo que llevas aquí, es la primera vez que te veo sonreír, y tienes una sonrisa preciosa. Deberías hacerlo más a menudo.

— Muchísimas gracias, sois encantadores. En este pueblo se respira una paz increíble —respondo.

— Me ha dicho Dylan que has aceptado trabajar de relaciones públicas en las cabañas. Mil gracias.

— Gracias a vosotros por darme la oportunidad.

— No sé si ya sería abusar pero ¿te gustaría venir a ayudarnos al pub cuando esté así? —pregunta cortada.

— Claro que sí, me lo he pasado genial.

La gente comienza a marcharse, y Solange junto a Stacey la camarera y Dylan recogen todo. Solange coge de la caja dinero y me lo da.

— Esto para ti, por habernos ayudado —dice esta.

— No, por favor, he venido porque he querido. No hace falta que me pagues —contesto yo devolviéndole el dinero.

— No, no. Has trabajado y muy bien, has evitado que esos hombres se pelearan y destrozaran nuestro local. Has creado una bebida nueva. Te lo mereces, si lo rechazas me estarías ofendiendo.

Miro para Stacey y Dylan que están riendo, este último me hace un gesto para que lo acepte, así que lo hago, pero de verdad que no lo he hecho por dinero, sino porque me apetecía, hoy me siento mucho

mejor y tenía ánimos para salir.

Cuando se cierra el pub son las dos de la madrugada, Solange se ofrece a llevarme, pero como Dylan vive más cerca me lleva este. En cuestión de diez minutos ya estamos en la casa.

— Muchísimas gracias por el día de hoy, de verdad, me siento muchísimo mejor.

— No me las des, tu alegría, tu felicidad están en ti, solo he tratado de que te dieras cuenta —dice sonriendo.

— Aun así, gracias.

— Gracias a ti por ayudarnos con los trabajos.

— Mañana te espero aquí para que me lleves a las cabañas. ¿Qué es exactamente lo que tengo que hacer?

— Pues al ser nuevas, no son conocidas, debes atraer a los turistas. Mañana te las muestro, son muy bonitas. Para ahora la Navidad son ideales —responde.

— Perfecto entonces. ¡Buenas Noches! —digo dándole un beso en la mejilla.

Me bajo del coche y entro en la casa. Pongo la chimenea, hace bastante frio, luego enciendo el ordenador y trato de ver una película, pero mis ideas se disparan. Creo que se me ha ocurrido algo para que las cabañas se llenen.

Dylan

Me ha sorprendido bastante que Skye haya podido abrirse después de hacer puénting, a mí me sirvió de mucho cuando murió Ninna. Mi

hermana y yo estábamos muy unidos, al ser mellizos. Cuando éramos niños, hicimos un pacto, siempre estar unidos y apoyarnos en todo, no queríamos ser como algunos hermanos que cuando se hacen mayores se olvidan los unos de los otros, o los que se pelean como hienas por las herencias, nosotros teníamos claro que queríamos estar unidos. La defendía de los que se atrevieran a meterse con ella en la escuela y ella me ayudaba a ligar con sus amigas, era mi cupido.

Cuando me fui a la universidad estudiar, estaba un poco perdido, quizás porque era demasiado joven, pero me entró ese lado rebelde y me dediqué a perder el tiempo. Borracheras, fiestas y mujeres. Me enamoré de una chica, la quería muchísimo, pero todo se acabó cuando cada uno tomó rumbos diferentes. Por esa época, mi hermana estaba embarazada, así que me volví a casa, su novio, un chico que parecía serio la prometió hacerse cargo de las dos. Este vivía en Noruega, así qué se marchó para hablar con su familia y luego venirse para casarse con ella, pero un día le llegó una carta con un cheque, en ella ponía que no podía hacerse cargo de ellas como había prometido. Su familia se oponía y él debía quedarse allí, me pareció algo tan ruin, tan bajo, mi pobre hermana. Me dediqué a cuidarla y ayudarla, tal y como le había prometido. Cuando la pequeña vino al mundo fue el día más feliz de su vida. Lo único que ha heredado de él es una mancha de nacimiento, pero el resto es mi hermana. Tan bonita como ella.

Le ayudé a crear su casa, pero justo cuando la acabamos la diagnosticaron la enfermedad, sentí que el mundo se me acababa, mi hermana tenía un maldito tumor y ya no se podía hacer nada por ella. Entré en una tristeza profunda, pero Ninna al verme mal tuvo una larga conversación con nosotros. Nos hizo prometerla que nos quitáramos la tristeza, sus palabras exactas fueron estas.

Querida familia amada, sé que esto ha venido en un momento horrible, nadie lo esperaba, pero ha llegado y no me queda más remedio que aceptarlo. No hay nada que hacer, así que quiero que lo que queda pueda disfrutar de vosotros y de la niña sin problema, quiero que sonriáis, en fin al cabo soy la que la tiene y no vosotros. Quiero que estéis tranquilos, he sido muy feliz, vosotros habéis sido la familia más bonita y amorosa que he podido tener, sé que la pequeña va a estar de maravilla con vosotros. No me arrepiento de ella, jamás, es lo más grande que he tenido, volvería a nacer para tenerla, con esto quiero deciros que por favor, no estéis mal, al menos hemos sido felices estos años, hemos hecho de todo, quiero que me prometan que siempre que pensáis en mí sonriáis, que le enseñen a mi hija a valorar las

cosas más simples de la vida, y que siempre la amaré y cuidaré desde otro lugar, donde todos nos reencontraremos.

Todos estábamos desolados, al escucharla, pero en el fondo sabíamos que tenía razón, por la niña, por ella y por todos, debíamos ser felices.

Me hizo jurarla que me quitaría la amargura y que aprendería a ver más allá. Durante los meses que estuvo con nosotros hicimos cosas que jamás habíamos hecho. Me apunté a clases de yoga con ella, hicimos excursiones, aprendí a fluir con la vida al punto que cuando llegó el día de su partida, todos estábamos preparados para decirle adiós. Falleció rodeada de mis padres y de mí, se fue apagando poco a poco hasta que se quedó dormida. Sus cenizas están esparcidas por el jardín de mi casa, ahí hemos plantado unos árboles y han crecido preciosos. Tienen unas margaritas hermosas.

Después de esparcir sus cenizas cogí mi coche y fui directamente al puente, ahí estaba mi amigo, le pedí que me pusiera el arnés y me dejara saltar, necesitaba gritar y soltar todos esos miedos que tenía. Una vez que lo hice, quedé como nuevo, sentí como que al saltar mi energía se mezclara con la de ella al punto de sentir paz en mi alma. Desde entonces no he vuelto a mirar atrás. Han pasado varios años y me siento lleno y feliz. Así que me alegra saber que de alguna manera he podido contribuir a que Skye se sienta mejor.

Cuando llego a recogerla está en la puerta esperándome, su semblante tiene mejor color que estos días atrás, sus preciosos ojos violetas se la ven bien, este tiempo atrás solo veía unos ojos apagados, sin brillo, rojos de llorar, pero hoy la veo preciosa.

— Hola, ¿preparada? —pregunto bajando la ventanilla del coche.

— Más que preparada —responde subiéndose.

De camino a las cabañas, Skye observa todo a su alrededor, no para de mirarlo todo, abre la ventanilla y respira profundamente.

— ¿Cómo te sientes? —pregunto mirándola.

— Mucho mejor, anoche, después de años he dormido de un tirón. Soñé con Taylor, no te voy a mentir, pero los sueños que tenía con él eran agarrándome de la mano y no podía soltarle, cada vez que trataba de hacerlo no podía, pero el de anoche era él frente a mí sonriendo. No sé qué significará,

pero me he levantado relajada —responde mientras mira a través de la ventana y respirando profundamente.

— Me alegro de que así sea.

Cuando llegamos, aparco el coche y caminamos un poco, anoche nevó bastante y está todo precioso. Las cabañas están rodeadas de nieve, cosa que toca que tengamos que quitarla.

Le muestro a Skye lo que tiene que promocionar. Las cabañas son rurales, están separadas unas de otras. Tienen unas vistas al monte, ahora que ha nevado está aún más bonito. Tiene paseos reales donde llegan a un lago que ahora está congelado.

— Se me ha ocurrido algo. No sé qué opines.

— Cuéntame —respondo.

— Es un pueblo precioso, pero me dijiste que no hay mucha gente, y queréis que lo conozcan en Navidad. Queda muy poco para que sea nochebuena, he pensado en hacer unas fotos y mandarlas a mi casa. Mi hermana y mis amigas pueden promocionarlas. El novio de mi hermana tiene un amigo que trabaja en un pequeño periódico, si le pido como favor que ponga un anuncio llamativo, algo así como, *¿Quieres pasar una Navidad llena de amor? ¿Quieres conocer un pueblo con encanto donde todos son amables? Pues no puedes perderte estas navidades ir a Rayo de luna, no te arrepentirás*. —expone con una gran sonrisa.

— Me encanta —contesto.

— Pues ponte ahí al lado de la cabaña, voy a sacarte una foto.

— ¿A mí? —cuestiono.

— Claro, que vean que hombres más guapos tiene este pueblo —dice sonrojándose —. Discúlpame, he sido un poco atrevida.

— No te preocupes, es un halago.

Después de sacar fotos durante un buen rato nos vamos. Me pide que la lleve a la tiendita que trabaja mi madre que tiene de todo, hasta fax, le envía un mensaje a su hermana diciéndole que le explique a su novio lo del anuncio en el periódico. Un rato después recibe una respuesta por parte del periódico aceptándolo. Así que entusiasmada lo prepara todo.

Mi madre se sorprende pues no la había visto así de centrada y se alegra por ello. No he querido contarle nada a mi madre de lo que Skye me contó, no creo que sea quien tenga que hacerlo, si se siente preparada, lo hará que hacer ella.

— Esta noche quiero ir al pub para ayudaros —dice de pronto.

— Perfecto, si te apetece. No tienes obligación —responde mi madre.

— Me apetece y me viene bien —expone.

La llevo a la casa y luego voy a por mi sobrina, estaba en sus clases de ballet. Desde muy pequeña le llamó el baile, al igual que a mi hermana, tiene tanto de ella que cada vez que la observo me recuerda a Ninna cuando éramos niños y jugábamos. Era muy ingeniosa y ella lo es también.

— Papi —dice al verme. Siempre me ha visto así, aunque sabe que soy su tío —. He hecho muy bien la clase, ¿me llevas a tomar un chocolate de la abuela?

— De postre, si no, no vas a cenar. Luego se queda contigo el abuelo, ya sabes que tengo que trabajar. Tengo un plan para el fin de semana que te va a encantar —digo mirándola.

— ¿Cuál? —pregunta —. Lo adivino, ¿me vas a llevar a patinar a la plaza? —expresa.

— Pero que lista eres —respondo riéndome y tocándole la cabeza con cariño.

— Es que Mel me dijo que ya la habían inaugurado. ¿De verdad me vas a llevar?

— Claro que sí.

Llegamos al pub. Como aún es pronto, están empezando a servir la cena. Mi sorpresa de ver a Skye con mi madre, está entrando y saliendo de la cocina.

— Que grata sorpresa —digo mirándola mientras le pregunta a mi madre algo.

— Sí, me llamó para decirme que si podía venir a preparar una especialidad suya, así que no pude negarme —responde mi madre.

— Espero que os guste —dice ésta volviendo a entrar a la cocina.

— Me ha contado que la ayudaste ayer con algo que le estaba matando y que se siente mucho mejor. La verdad, me alegro muchísimo de verla así.

— Yo también. Ya sabes que cuando murió Ninna me pasó igual, de estar triste me puse así de bien, luego frené al darme

cuenta de que estaba recuperando mi alegría, y luego es cuando me di cuenta de que no estaba haciendo nada malo. Me temo que le vaya a pasar algo así —respondo.

— Lo sé. Me ha dicho que se siente rara, como si estuviera loca, pero está mucho mejor con ella misma. Dylan, ya sabes que en este pueblo la gente nunca se marcha como vino.

Eso es cierto, por eso se llama como se llama, pero ahora mismo no quiero pensar en que se marche, me gusta hablar con ella.

— ¿Y esta preciosa niña es tu sobrina? —pregunta mirándola.

— Hola, me llamo Taylor, pero todos me dicen Tay —responde la niña.

Skye se queda mirándola sin decir nada, se ha sumergido en sus pensamientos. Luego me mira y sonríe.

— Encantada, Tay, yo me llamo Skye.

— ¿Pasa algo? Te has quedado muy seria de pronto —dice mi madre.

— Es que conocí a alguien que se llamaba así y al oírla que se llama igual me lo recordó.

— No quiero que te pongas triste por mi culpa —responde mi sobrina.

— Oh, no cielo, no me pongo triste por ti, eres una niña preciosa, tal como tu abuela y tu tío me habían dicho, mucho más.

La pequeña se sonroja y luego la responde.

— Tú también eres muy guapa, ¿a que sí papi?

Skye se sonroja al oír a la niña.

— Vamos que si lo es —responde mi madre.

La miro y la sonrío, está bastante ruborizada, imagino que después de tanto tiempo no ha prestado atención a esas cosas.

— Si que lo eres, mucho —digo yo.

— Ay voy a retirar la comida del fuego.

Después de un rato, Skye sale con varios platos. Pregunta si queremos probarlos y todos asentimos. Huele muy bien. Y sabe mejor aún.

— Está muy bueno —dice Tay.

— Es una receta de mi hermana, hacía mucho que no la hacía.

Durante un rato hablamos y nos reímos, entre cliente y cliente, acabamos de cenar, luego Skye retira los platos.

— Voy a llevarme a Tay con su abuelo, luego vengo —expongo.

— Ha sido un placer conocerte —dice Skye a la niña.

— Igualmente. ¿Papi, puede venir el sábado Skye a patinar con nosotros? —pregunta esta.

— Sí Skye tiene ganas, claro que sí.

— No quiero molestar —responde.

— No molestas, ¿a qué no papi?

— Pues no se hable más, el sábado a patinar —contesto poniéndole el abrigo a la niña.

Luego me la llevo, ya es tarde y debe terminar la tarea para luego irse a dormir.

Skye

El fin de semana llegó volando. El lunes ya es nochebuena. Se me está pasando el tiempo rapidísimo. Me estoy reencontrando con mi esencia poco a poco, quizás me he puesto algo eufórica estos días, pero me he dado cuenta de que hacer cosas que me gustan hace que no piense tanto, y, aunque desde que salté me encuentro mucho mejor, tengo miedo a recaer.

Estoy esperando a Dylan y a su sobrina para ir a patinar, son las seis de la tarde y parecen las once de la noche. Suena el claxon, ya han llegado. Cierro corriendo y me voy hacia el coche. Que frio hace.

— Buenas tardes —digo entrando en el coche —. Que bien se está aquí dentro.

— Hola, Skye —dice Tay —. Papá Dylan tiene puesta la calefacción, hoy hace mucho frio.

— Buenas tardes —dice Dylan —. Quítate el abrigo para que cuando luego nos bajemos no notes la diferencia. No suelo poner la calefacción, pero Tay es muy friolera como lo era su madre.

Las luces del pueblo se acaban de encender y está todo iluminado. ¡Es tan bonito!

— Han llegado varios turistas a las cabañas, le dijeron a mi madre que vieron un anuncio y no pudieron resistirse. Todo gracias a ti —expresa.

— Bueno, solo hice mi trabajo. Por cierto, hoy hablé con mi hermana, y mis amigas. Mañana vienen a pasar la nochebuena conmigo. Les dije que tu madre me invitó a vuestra cena, pero no he podido decirles que no vinieran —digo moviendo los

brazos.

— Mejor para mi madre. Le encanta tener gente en su casa y cocinar para muchos. No te preocupes, tu familia será bienvenida.

— ¡Gracias! —respondo tímidamente —. Desde que llegué me habéis tratado muy bien, sois todos un encanto.

— Tú también lo eres —responde mirándome fijamente esperando a que el semáforo se ponga en verde.

Noto como me sonrojo. Dylan es un hombre muy guapo y varonil, tiene una belleza masculina que aturde. Taylor era más bien tirando a cara de niño, mas enclenquillo, pero no era feo tampoco.

Aparca el coche y nos bajamos. Al abrir la puerta un frio gélido entra para dentro, nos ponemos los abrigos rápidamente, tenía razón Dylan cuando dijo que si no me desabrigaba lo notaria.

Tay agarra la mano de Dylan y mira para mí, mirando mi mano y pidiéndome permiso con la mirada para cogérmela, cosa que le doy corriendo. Llegamos a la pista de hielo, muchos niños están ya en ella y Tay al verlos se emociona. Una niña de su edad se aproxima a ella y la saluda. Le ayudamos a ponerse los patines rápido y pidiéndole permiso a Dylan para patinar con su amiga se va corriendo sin perderla de vista. Nosotros alquilamos unos patines.

— ¿Sabes patinar? —pregunta.

— Sí. Lo hacía de niña. De hecho competía —respondo —. Pero luego lo dejé cuando conocí a Taylor.

— Por cierto, no he tenido oportunidad de preguntarte, te impresionó que la niña se llamara así, ¿verdad?

— La verdad no me lo esperaba, pero hay mucha gente con ese nombre. Tengo que acostumbrarme —respondo moviendo los hombros.

— ¿Cómo te encuentras? —pregunta.

— Mejor. De verdad. Muchas gracias —digo mirándole fijamente.

No sé qué pasa pero nos quedamos mirándonos un rato hasta que Solange llega hasta nosotros.

— Ya habéis llegado, ¿no patináis? —pregunta.

— Sí, allá vamos —expongo levantándome y dándole la mano a Dylan para que se venga.

Nos lo pasamos como niños. Hacía años que no patinaba así y me deslizo de un lado a otro. De vez en cuando hago alguna pirueta,

todos me miran, aunque a mí me da vergüenza, pero sigo haciéndolo, cuando acabo la gente me aplaude yo muerta de la vergüenza.

— Lo has hecho de maravilla —dice Dylan mirándome,

— Gracias. Hacía tanto que no lo hacía que creí que lo había olvidado.

Tay viene corriendo hacia mí y me abraza.

— Le he dicho que la novia de mi papá Dylan es muy buena patinadora. No me creía. Pero ahora si que me cree.

Dylan, Solange y yo nos miramos cuando la escuchamos decir lo que dice.

— Cariño, Skye es mi amiga, no mi novia —responde Dylan.

— Bueno, ahora sois amigos, pero sé que seréis novios — contesta riéndose y corriendo hacia su amiga.

— Discúlpala —dice este —. Ya sabes cómo son los niños.

— Pues no me parecería tan descabellado —interviene Solange.

Me pongo como un tomate, que cosas dicen, se nota que son abuela y nieta.

— Que calor tengo —digo disimulando —. He patinado tanto que ahora tengo calor.

Salimos de la pista de patinaje y nos quitamos los patines. Cada vez hay más gente. Ahora sí que hay turistas.

— Id al pub, yo me quedo con Tay —dice Solange —. Hoy sí que estará a reventar.

Dylan y yo nos vamos al pub y tal como dijo Solange, está hasta los topes, así que me pongo tras la barra para ayudar a servir, esto se me da cada día mejor, y me distrae tanto que me siento que soy otra en esos momentos. No es fácil de explicar, pero me siento más la Skye que solía ser.

Durante muchas horas, no sé cuántas porque se nos va la noción del tiempo, servimos copas, ponen música y hasta Dylan canta un rato en el karaoke. La gente se lo pasa de maravilla hasta que llega la hora de cerrar, así que hacía las cuatro la gente se comienza a marchar y nos quedamos solo cuatro personas. Ayudo a limpiar y a recoger todo para que Solange pueda servir desayunos en cuatro horas.

— Muchas gracias por tu ayuda, sin ti no sé qué hubiera hecho —dice una de las chicas que está de camarera.

— No me las des. Ahora sí que me debo marchar, a las diez mi hermana y mis amigas llegan y debo ir a la estación a

recogerlas.

— Te llevo. También me voy, estoy agotado y me toca estar en las cabañas mirando unos ingresos —dice Dylan.

Nos despedimos de las otras chicas que se van a encargar de cerrar y nos marchamos.

El coche por dentro esta frio, que diferencia a la de anoche. Al estar a la intemperie y con el frio que ha hecho fuera se ha quedado helado. Encima está empezando a nevar.

— Voy a poner la calefacción o acabaremos como cubos de hielo —expresa Dylan.

De camino a mi casa apoyo la cabeza en el cabecero del coche, aunque estoy cansada no tengo sueño, debe ser que durante tantos años me dediqué a dormir y tengo el cuerpo bien descansado. Dylan si tiene cara de cansado.

— ¿Quieres que después de recoger a mi hermana y amigas vaya yo a la cabaña? Total, tengo que llevarlas, no me cuesta. Así descansas. Se te ve agotado —expongo.

— No quiero abusar, es tú día libre. Bastante haces ya por nosotros.

— De verdad, no me cuesta —digo llegando a casa.

— Pues mira si de verdad no te importa, tienen que traerme unos papeles de cuando adquirimos las cabañas, solo es eso.

— Las recojo, sin problema, mañana te los doy en la cena, ¿vale? —respondo.

— Muchísimas gracias, de verdad.

Dylan se baja con un paraguas y me abre la puerta, está nevando muy fuerte y hay niebla.

— Te acompaño a la puerta, no se ve nada.

Caminamos con dificultad ya que la visibilidad es bastante nula, llegamos a las escaleras y me ayuda a subirlas.

— Madre mía, no se ve el coche, Dylan. Es peligroso que te vayas conduciendo así —digo.

— En un rato se irá. No suele tardar mucho, ya estoy acostumbrado.

— ¿Quieres un café? —pregunto —. Así hacemos tiempo a que se vaya.

Entramos y enciendo la cafetera. Dylan enciende la chimenea que se apagó durante la noche. La dejé encendida para tener el salón

calentito. Mi hermana y su novio se van a quedar aquí, mientras que mis amigas se quedan en las cabañas.

Nos sentamos frente a ella a tomarnos el café, con este frio entra de maravilla.

— ¿Te puedo preguntar algo? —digo a Dylan.

— Claro, dime.

— ¿Te traes algo con Stacey? Lo digo por la complicidad que tenéis.

— No, —responde riendo —. Stacey era la mejor amiga de Ninna, es como una hermana para mí. He estado centrado en mi familia, en mi trabajo, no he querido centrarme en nadie, hasta ahora —responde mirándome.

Siento que el corazón se me acelera, ¿lo dirá por mí? ¿por quién si no, Skye?

— Imagino, hay muchas chicas en el pub que no te quitaban ojo —respondo.

— ¿Ah, sí? Pues no me di cuenta, yo solo tenía ojos para una.

Me levanto disimuladamente y me sirvo un vaso de agua. Dylan se ha levantado también y viene hacia mí.

Se encuentra pegado detrás de mí. Me doy la vuelta con el vaso, Dylan lo coge y lo deja sobre la mesa, luego, me echa el pelo hacia atrás y se agacha a mi altura, noto su calor muy pegado a mí, el corazón me late muy deprisa, hace tantos años que no sentía esto. No me lo pienso más y me acerco yo también a él. Su boca y la mía se funden en una sola. Dylan me besa con pasión y yo se lo devuelvo. Me siento muy bien entre sus labios, su saliva que sabe a café se une con la mía. De pronto se me agolpan los recuerdos de Taylor, nuestra boda, su muerte y me retiro rápido.

— Lo siento —digo —. No puedo, ahora mismo no.

— Discúlpame. Tenía muchas ganas de besarte, no me pude contener. Ni siquiera sé si te gusto, solo sentí el impulso — expresa él.

— Dylan, me gustas. No te lo voy a negar. Pero no puedo ahora mismo, los recuerdos de Taylor me han venido de golpe. Perdóname. No quiero engañarlo —contesto.

— ¿Engañarlo? Skye, está muerto. No estás engañando a nadie, tienes derecho a rehacer tu vida.

— Siento que sí la rehago, le estuviera haciendo, él fue mi novio de siempre, murió en mis brazos, no creo que su recuerdo me

permita ser feliz —respondo mirándolo.

— Eso depende todo de ti —dice acercándose a mí y cogiéndome la cara —. Skye, me encantas, podría hacerte feliz, pero no voy a obligarte a quererme, si tu prefieres estar así toda tu vida es tu decisión.

Luego abre la puerta y se marcha, me quedo confundida. Nunca me había replanteado esto, desde que murió Taylor siempre me juré que esperaría a morirme para reunirme con él.

Después de unas horas en las que he estado tratando de leer, me levanto y me voy a la ducha, quiero estar fresca para ir a buscar a mi familia. Me tomo un café y pongo rumbo a la estación. La niebla se ha disipado, y ha parado de nevar, eso sí, el jardín vuelve a estar hasta arriba de nieve. Llevo mis super botas y un abrigo con pasamontañas, y logro salir al coche, menos mal que tengo las cadenas puestas y me es más fácil sacarle.

Cuando llego a la estación el tren de mi hermana y amigas acaba de llegar, tengo unas inmensas ganas de verlas.

— Skye —oigo que alguien grita.

Cuando me doy la vuelta veo a mi hermana que se lanza a mis brazos. Me mira sorprendida, como si hiciera miles de años que no me ve.

— ¿Qué ocurre? —pregunto.

— Estás diferente, más guapa, más tú —responde.

Mis amigas se paran boquiabiertas delante de mí, al igual que mi hermana me miran de arriba abajo.

— ¿Qué os pasa? —pregunto riéndome.

— Skye, has vuelto —dice Juli.

Las doy un abrazo y las dirijo hacia el parking.

— Por cierto, ¿Dónde está tu novio? —pregunto a mi hermana.

— He preferido solo chicas, él va a cenar mañana con su familia, es la última como soltero, así que no le ha importado que viniera a pasarla contigo, pero veo que estás muy bien. Estas tres semanas aquí te han sentado genial —dice Celine.

— ¿Cómo se llama? —pregunta Juli.

— ¿Quién? —cuestiono haciéndome la tonta.

— No te hagas, la persona que ha hecho que estes así.

— No hay nadie—respondo mirando hacia delante —. Aquí está

el coche.

Las tres se miran con complicidad. Cuando se dan cuenta de que las miro se ríen.

— Que frio hace, pero que preciosidad de paisajes hemos visto a través del tren. —expresa Victoria.

— Sí, esto es precioso. ¿Os llevo a la cabaña y luego os muestro mi casa? —pregunto.

— No, tenemos un hambre voraz. Llévanos a comer algo, por favor.

Así que arranco el coche y pongo rumbo a el restaurante pub de Solange. Mientras las llevo les cuento que salté al vacío y solté mucho, Juli se emociona y me dice que antes de marcharse quiere hacerlo también, pero Victoria y Celine me regañan, me dicen que si es peligroso y no sé cuántas historias más.

Aparco el coche y las llevo por la plaza del pueblo, lo miran alucinadas, la verdad que Rayo de Luna es precioso.

— Bueno este es el pub donde ayudo a servir copas por la noche —explico.

Las tres se miran asombradas.

— ¿Cuántas veces te dije que trabajaras en lo tuyo? —pregunta mi hermana —. Sabía que si lo hacías te olvidarías un poco de Taylor.

— Solo pude hacerlo cuando solté toda la basura que solté cuando salté, y aunque aún me queda dentro, me siento algo mejor, aunque…

Me quedo callada, he estado a punto de decirles que esta mañana me he besado con Dylan, y no sé si esté lista para contar algo así.

— ¿Aunque qué? —pregunta Juli.

— ¿Pero a quien tenemos aquí? —dice Solange tras de mí —. ¿Son ellas tus amigas? —pregunta con una sonrisa preciosa.

— Sí, deja que te las presento. Ella es Celine, mi hermana y ellas dos son Juli y Victoria, mis mejores amigas. Chicas, ella es Solange, la dueña de la casa donde vivo, del pub y de las cabañas.

— Di mejor de medio pueblo y terminas antes —expresa riéndose —. Encantadas chicas, ¡Bienvenidas!

— Encantada, señora —dice Celine dándole un abrazo —. Gracias por cuidar a mi hermana como lo ha hecho. Gracias a usted, ella está muchísimo mejor.

— No me las des a mí, ella es una mujer fuerte, solo debía recordarlo, además es mi hijo quien pasa más tiempo con ella y la que le ha ayudado a recordar su esencia de verdad.

Mi hermana mira para mis amigas y sonríen con perspicacia.

— Dylan, ¿eh? —dicen las tres en voz baja para que Solange no se entere, pero sé que las ha oído, porque me ha mirado y se ha reído.

Las tres toman asiento y yo les digo que ahora regreso, quiero hablar con Solange.

— Disculpa a mis amigas, son unas bocazas, tu hijo y yo no tenemos nada, solo somos amigos.

— Skye, no me tienes que pedir disculpas, conozco a mi hijo y no se habría fijado en ti si no fueras una buena mujer, sé cómo te mira. Nunca le había visto mirar a nadie así. Yo estaría encantada, pero no me meto en vuestras cosas sois adultos. Solo te digo que es muy buen hombre —expresa guiñándome un ojo y dándome un pequeño golpe en el hombro.

Me siento con ellas y miran el local atentamente.

— Me encanta, es super bonito, y que simpática es Solange — dice mi hermana.

— Sí, el primer día llegué destrozada, bueno ya sabéis como estaba, al verme parada delante del escaparate me hizo entrar y me trató de maravilla.

— Me alegro de que al menos no estes sola. ¿Por cierto, como es ese tal Dylan? —pregunta Juli.

— Ah. Normal, no sé, ¿Qué quieres que os diga? —expongo haciéndome la loca.

— Madre mía, si llego a saber que en este pueblo había hombres así me produzco un poco más —dice Juli mirando a la puerta —. ¿Habéis visto que pedazo de bombón acaba de entrar?

Todas miran a la puerta, y sueltan un silbido. Mis amigas y mi hermana siempre igual.

— Vaya, si está mirando hacia aquí. Para mí —dice Juli, yo le vi primero.

Cuando miro para atrás me doy cuenta de que es Dylan de quien hablan. Al verme levanta la mano, pero no sonríe, está serio.

— ¿Quién es ese adonis? —pregunta Juli.

— Dylan —respondo aun mirándole.

Las tres se quedan en silencio. No dicen nada. Cuando las miro me observan con asombro esperando que diga algo.

— Ósea, que ese Dios del olimpo es el tal Dylan y nos dices que es normalito, normal no es, pero si es un bombón.

— Aunque me voy a casar en breve —comienza diciendo Celine —. Es cierto que está muy bueno, es guapísimo.

— Yo me daría un buen revolcón con él —dice Victoria dejándonos a todas asombradas.

— ¿Desde cuando hablas tú así? —pregunto.

Todas nos reímos, Victoria siempre ha sido muy recta, muy seria, escucharla hablar así es muy extraño.

— ¿Aun no olvidas a Taylor? Está muerto, Skye. Siento ser bruta, pero tienes que hacer tu vida, el muerto es él, no tú — dice Juli.

— Eso mismo me dijo Dylan está mañana después de que nos besáramos —termino confesando.

Las tres me miran fijamente, se han quedado mudas.

— Hasta que por fin muestras sangre en las venas —dice Celine.

— Creo que se enfadó conmigo porque le dije que no podía. Le confesé que me gusta, pero aún es pronto para rehacer mi vida.

— ¿Pronto? Skye, hace cuatro años que murió Taylor, has estado de luto cuatro años, por favor. Eres joven, si no vives ahora, ¿Cuándo? —dice Juli.

Me levanto y voy a buscarlo, le digo que venga para presentarle a mis amigas.

— No quería molestar —dice mirándome serio.

— No molestas. Nunca lo haces —digo tímidamente.

Nos aproximamos a la mesa donde éstas se encuentran. La cara de las tres es para reírse, están impresionadas ante Dylan.

— Os presento a Dylan, ellas son Juli, Victoria y mi hermana Celine —digo señalándolas.

— Es un placer conocerlas, por fin les pongo cara a las personas que tanto quieren a Skye.

— Y nosotras por fin conocemos al hombre que ha hecho que vuelva a sonreír —dice Juli.

La miro de inmediato, ¿Qué demonios dice? Me muero de la

vergüenza, esta mujer jamás se corta. Dylan se ríe disimuladamente.

Luego de que las tres le interroguen un poco, Dylan se marcha, solo venía a mirar unas cosas, antes de que se fuera, le dije que recogería lo que me había pedido.

Varias horas después de que comiéramos y nos tomáramos unas copas, las llevo a la cabaña, a Juli y a Victoria les ha encantado, la verdad es que son muy acogedoras. Luego me marcho con Celine a la casa donde me estoy hospedando, tenía muchas ganas de verlas.

Skye

Esta noche es nochebuena y vamos a cenar en casa de Solange y Malcom. Voy a conocer la casa donde nacieron Ninna y Dylan. Anoche apenas dormimos, mi hermana me estuvo contando la odisea de su boda, de donde lo va a celebrar. Va a casarse en la misma iglesia donde nos íbamos a casar Taylor y yo. Desde que mi hermana se comprometió no se atrevía a hablar mucho de la boda, yo cuando escuchaba esa palabra me ponía fatal, me recordaba a la muerte de Taylor y de que fue de esa iglesia donde salí corriendo cuando vi que ese autobús se abalanzaba sobre él. Así que cuando empezó a comentarme todo, estaba algo precavida, pero le dije que me podía contar todo lo que ella quisiese. No es que ya de pronto no recuerde lo que pasó, claramente me acuerdo, no creo que lo olvide alguna vez, pero me he resignado, Taylor no va a volver por mucho que llore o me empeñe en encerrarme en mi misma. Siento que he sido una egoísta todo este tiempo, estaba tan ensimismada en mis propios miedos que no escuché a quienes de verdad lo merecían, mi hermana y mis amigas, y eso es algo que pienso corregir.

Ya tenemos lo que nos vamos a poner esta noche. Mi hermana ha insistido en que me ponga un vestido precioso color beige con la espalda al descubierto, y aunque yo pensaba ir en jeans, al final me lo voy a poner. Lo compré para llevármelo a la luna de miel, para

usarlo una noche de cena con Taylor, y mi hermana lo vio allí, en el fondo de mi armario y me lo ha traído. Así que me lo voy a poner.

— Dime algo, Skye —empieza diciendo Celine mientras prepara el desayuno —. ¿Dylan te gusta?

La mira de reojo y veo que me está mirando fijamente, me conoce muy bien.

— Tengo que reconocer que es un hombre guapo, inteligente y buena persona. Gustarme me gusta, ¿pero no es demasiado pronto?

— ¿Pronto? ¿En serio, Skye?

— Me refiero a que hace una semana estaba llorando aun la muerte de Taylor —expreso poniendo los ojos en blanco.

— Se a lo que te refieres, te voy a decir algo que jamás te había dicho, pero creo que estás preparada.

Me pongo seria de pronto, no entiendo lo que quiere decir.

— A ver, tu Taylor no era el hombre que te vendía, tan santo, puro. No era leal contigo.

Me quedo pálida, no entiendo porque mi hermana dice eso, pero me molesta y mucho además.

— ¿A qué viene eso? No te pases, Taylor para mí es y será sagrado siempre.

— Lo que tu digas, lo único que te digo es que indagues un poco, no te voy a decir más —dice levantándose.

— No puedes decir eso y luego actuar como si no hubieras dicho nada, ¿a qué ha venido eso? —pregunto enfadada.

— Skye, me contaron algo con respecto a Taylor, y aunque no tengo pruebas, él no fue nunca de mi devoción.

— ¿Qué te contaron? Dímelo. Lo exijo —digo ya nerviosa.

— Para qué Skye. Mira cómo te pones, sí crees más en él que en tu propia hermana, ¿para qué quieres que te cuente nada? No vas a creerme.

Sube las escaleras para ir a su habitación, pero se pasa y me mira. La miro confundida, no comprendo absolutamente nada, que me salga con esto a estas alturas.

— Dímelo, no me dejes así, por favor —suplico.

— A ver, Taylor no era tan puro e inocente como creías, tenía doble vida.

Me la quedo mirando asombrada, ¿doble vida? No comprendo.

— ¿Cómo que doble vida?

— Skye, estaba contigo y con otra. A ver si te enteras.

Me quedo parada sin pestañear, ¿me engañaba con otra mujer? ¿Cómo? Si siempre estábamos juntos.

— No es posible, si siempre andaba conmigo —expreso en voz alta.

— No siempre, cuando se iba a pescar, o a hacer esas cosas que le gustaban a él y a ti no, se iba con la otra, la persona que me lo dijo me enseñó unas fotos de ellos.

Siento que el mundo se me viene abajo, ¿Taylor con otra?

— ¿Cuándo te enteraste de eso? —pregunto.

— Me lo contaron hace unas semanas —responde.

— ¿Antes de venirme para acá? —cuestiono.

Celine me mira seria.

— Sí —contesta.

— Joder, y me lo vienes a decir ahora —pregunto con las lágrimas cayéndome.

— No me hubieras creído —responde.

— Celine, he estado cuatro años muerta en vida, llorándole por todas las esquinas, ¿para qué? Tenías que habérmelo dicho, tú has sido testigo de cómo he estado.

— Juli y Victoria me dijeron que no dijera nada, que te dejara con tu duelo.

No me lo puedo creer, mis dos mejores amigas y mi hermana han sabido durante un tiempo que a él hombre que he amado y llorado porque me sentía culpable de su muerte me engañaba y no me lo habían dicho. Subo a mi habitación y doy un portazo, no quiero hablar con ella ni con nadie. Me tumbo sobre la cama y me pongo a llorar, cojo de la mesilla una foto que tenia de él y la rompo, me siento humillada.

Deben de pasar unas cuantas horas, porque alguien llama a mi habitación y cuando miro por la ventana ya está anocheciendo. Cuando abro la puerta, me percato de que es Solange, ¿Qué hace aquí?

— ¿Qué haces aquí? —pregunto mirándola —. Creí que estabas en tu casa preparando todo.

— Lo estaba, pero me acordé de que aquí guardábamos una vajilla que era de mi abuela y he venido a buscarla, cuando tu hermana me abrió y la vi con cara de circunstancia supuse que había ocurrido algo —expresa agarrándome de la mano.

— Mi hermana te lo habrá contado —digo.

— No, no hace falta, sea lo que fuere que te haya ocurrido, debes estar tranquila, ibas por buen camino, no permitas que nada te hunda. Cuando murió Ninna sentí que mi mundo se derrumbaba, pero me acordé de lo que nos dijo antes de morir, la vida es solo una y debemos aprovecharla al máximo, no debemos perder el tiempo con cosas que ya han pasado, lo que si debemos es centrarnos en nuestros sueños y en el ahora, y ahora te veo bien, no retrocedas, sigue adelante, cariño. Te veo en un rato.

Se levanta de la cama y me besa en la cabeza, luego se marcha. Sus palabras hacen mella en mí, no sé que tiene esta familia, pero son buenas personas, con un corazón noble, me hacen sentir bien. Así qué me seco las lagrimas y me meto en la ducha.

Me arreglo, pero no me pongo el vestido que tenía, me pongo lo que me apetecía desde el principio y bajo, me encuentro a mi hermana y a mis amigas sentadas las tres, cuando me ven se quedan mirándome.

— Skye —comienza diciendo Juli —. No la tomes con tu hermana, nosotras la convencimos para que no te dijera nada, somos conscientes de que hicimos mal, pues debías haberte enterado de como era Taylor, pero lo tienes tan idealizado, no sé, ya sabes lo que yo te decía de él, algo ocultaba cuando siempre salía corriendo por alguna supuesta reunión o que cuando le pagaban un extra era un visto y no visto, ¿Dónde iba ese dinero?

— No quiero hablar por hoy de él, no sé que pensar, pero no me va a arruinar más mi vida, así que vámonos a cenar, eso sí os pido, jamás en la vida me volváis a ocultar nada, ¿queda claro?

Luego nos abrazamos las cuatro y nos marchamos a la cena que Solange tiene en su casa.

La fachada de la casa está toda iluminada con luces de Navidad, en lo alto del tejado un Santa Klaus vigila y un gigantesco muñeco de nieve con una zanahoria por nariz nos invita a entrar. Tiene un

cartel que pone Bienvenidos, las puertas están abiertas y parece que hay ambiente. Cuando entro llamo a Solange, pero viene corriendo Tay a saludarme.

— Hola, Skye. Que guapa estás, ¿Quiénes son ellas? — pregunta señalando a mis amigas y hermana.

Se las presento y las tres quedan encantada con la pequeña que es todo simpatía. Entramos y éstas se sientan con la niña mientras yo voy en busca de Solange. No conozco la casa, así que voy con precaución, llamo a una puerta esperando que sea la cocina, pero al abrir aparece Dylan, que al verme sonríe.

— Hola, ¡bienvenida! —dice.

— Perdona, estaba buscando a tu madre, creí que era la cocina.

— No, es la biblioteca que tienen mis padres, estaba buscando un libro.

Verifico que no ha nadie y algo se apodera de mí que agarro a Dylan y lo empujo dentro de la habitación y me lanzo a sus labios que devoro con deseo. Este me devuelve el beso de la misma manera. Huele y sabe tan bien. Cuando me despego de él nos miramos.

— Perdón por esta entrada —digo avergonzada.

— No tienes porque pedir perdón, me ha gustado este saludo.

— Dylan, no quiero que pienses que estoy loca, me gustas y me apetece tanto besarte.

Me agarra por la cintura y nos volvemos a besar, esta vez es él quien lleva las riendas. Oímos unos pasos y ambos nos despegamos. La puerta se abre y entra Solange.

— Ah, estaban aquí. Me alegro de que hayas venido, Skye — expresa mirándonos a los dos con cara de pícara.

Me saco del bolso los papeles que Dylan me había pedido el día anterior.

— Sí, estaba buscando a Dylan para darle estos papeles — respondo dándoselos.

— Muy bien —contesta está sonriendo —. Cuando acabéis podéis ir a la sala, la cena está a punto de comenzar.

Dylan y yo nos volvemos a quedar solos y volvemos a besarnos, pero más tranquilamente. Luego me retoco un poco para disimular y salimos a la sala donde todos nos esperan mientras hablan entre ellos, aunque al vernos todos se miran y se sonríen

disimuladamente.

La cena es buenísima, nunca había comido algo tan bueno, pero es que Solange cocina de maravilla. Nos cuentan que cuando Dylan y Ninna eran niños siempre después de cenar salían para tirarse nieve, año si y año también lo hacían, luego cuando murió esta como es normal lo dejaron de hacer.

— Dylan, debo darte las gracias —comienza diciendo Celine —. Hacía mucho que no veía a Skye tan contenta, y tú la has ayudado mucho a que poco a poco vaya recordando quien era ella antes de Taylor.

La observo con ganas de querer ahogarla, que corte, delante de todos.

— Para mí es un placer ayudarla, hace unas semanas que llegó y desde el primer momento la vi tan triste, me partió el alma verla así, pero he de reconocer que yo estaba así cuando murió Ninna.

— Tu hermana es una maravilla, Celine, me parece injusto que una mujer como ella se enterrase en vida. Es joven, inteligente, guapa, tiene un mundo por delante para disfrutar —expone Solange —. Mi hijo es un buen hombre, y sé que si ella se lo permite así misma podrá ser feliz con él.

Noto como los colores me suben de golpe. Empiezo a tener calor. Bebo un trago de vino, no quiero mirarlas, Dylan que está enfrente me mira y se sonríe.

— Bueno, mamá, deja ya de sonrojar a Skye, ella sabe lo que tiene que saber. Ahora déjala.

Después de la cena ayudo a Solange en la cocina aunque no me lo permite, luego preparan unos cócteles buenísimos y nos ponemos a escuchar música y a hablar en el salón. Mis amigas y mi hermana han congeniado muy bien con Solange y Malcom, aunque este último es muy callado, pero su cara de bonachón lo dice todo.

— Vaya, se me ha olvidado las galletas en el pub, es que como el horno de aquí estaba ocupado, decidí hacer las galletas en el horno de allí y ahí se quedaron —dice Solange.

— Voy a buscarlas, no te preocupes —responde Dylan.

— Están tapadas con un paño, cariño.

Sin que ninguno se percate salgo para acompañarle, no quiero decir nada porque me han hecho pasar vergüenza durante la cena y sé

que si digo algo van a estar con el tema de nuevo.

Dylan al verme se sorprende.

— ¿Qué haces aquí? —pregunta.

— Quiero acompañarte, ¿puedo? —respondo.

— Por supuesto.

Durante el mini trayecto estamos en silencio, me da bastante corte hablar, después de haberme lanzado antes sobre él.

— Con respecto a lo de la biblioteca, me gustó mucho que me besaras.

— No suelo hacer esas cosas —digo mirando al frente.

— Skye, no voy a obligarte a nada que no quieras, me gustas mucho y me encantaría poder conocerte más, pero si tú no quieres porque no te intereso, no pasa nada —dice mirándome.

— ¡Me gustas! —suelto de golpe —. No somos niños pequeños, podemos decir estas cosas, lo que pasa es que me parece raro que después de cuatro años estar llorándole a Taylor de pronto diga esto, no sé si le hubiera gustado eso.

Dylan que ya ha estacionado el coche me mira a los ojos.

— Skye, seguro que si hubiera sido a ti la que sufre el accidente y mueres, el ya estaría con otra. No lo digo por dañarte, solo que soy hombre, y como tal sé cómo solemos ser. Tú has estado de luto cuatro años, creo que ha sido más que suficiente.

— Tengo miedo a que vuelva a amar y pase algo malo como le pasó a Taylor.

— Skye ¡vive! —dice Dylan acercándose a mí lentamente.

Me toca los labios con su meñique. Me acaricio con su mano. Sus labios y los míos vuelven a estar pegados, pero suena el teléfono.

Dylan lo coje.

— Sí, okey, cabeza loca —responde.

Luego cuelga.

— Mi madre, que las galletas las tenía guardadas en casa, que sí que las recogió, siempre es así. ¿Por dónde íbamos?

Después de eso ambos comenzamos a besarnos. Nos acariciamos, me posiciono sentándome sobre él y seguimos besándonos, Taylor

no besaba así, la verdad.

— ¿Quieres que vayamos a mi casa? —pregunta.

— Sí —respondo sin pensarlo.

Conduce hasta ella, ambos no decimos nada, solo nos miramos y sonreímos. No tardamos mucho en llegar ya que al ser nochebuena todo está más tranquilo. Dylan aparca el coche, me abre la puerta y entramos en su casa.

— ¿Quieres beber algo? —pregunta.

— No, gracias.

Entonces me abraza y sigue besándome. Mientras lo hacemos vamos caminando, me coge en brazos cuando vamos a subir las escaleras. Luego abre la puerta con la pierna y entramos en su habitación, me tumba suavemente sobre la cama y allí hacemos el amor.

Me debo quedar traspuesta unos minutos, miro la hora y son las doce, así que decido enviarle un mensaje a mi hermana diciéndole que me fui a casa porque me dolía la cabeza, no creo que cuele, ya que Dylan tampoco está, pero por si acaso. Como era de esperar me responde, con un ya, si, la cabeza. Pásalo bien.

Dylan está dormido, así que me levanto sin hacer ruido para coger un vaso de agua. La casa es una pasada de lo bonita que es, así que camino por ella mirando todo. Frente a la habitación de Dylan, está la de Tay, así que entro, es preciosa, toda de madera, y las paredes rosas y con una cama en forma de estrella. Huele a un perfume que me trae recuerdos a mi infancia, una mezcla de chicle y fresas con nata. En su mesilla una foto de Dylan y sus abuelos y en la otra tiene una foto doble en una sale una mujer, se parece mucho a Dylan, así que debe ser Ninna. La observo bien y era muy guapa, como su hermano, una mujer imponente. Luego observo la otra y me sobre salto, ¿Qué demonios significa eso? La foto que está en el otro marco es de Taylor. ¿Qué hacen ellos con una foto de él? Me fijo que debajo de la foto, en el marco bordado pone papá, y en la de Ninna, mamá. ¿Cómo que papá? No, no puede ser, ¿papá?

— ¿Te gusta su cuarto? Todo lo escogió ella —dice Dylan desde la puerta.

Me levanto y voy hacia él con el marco en la mano.

— ¿Quiénes son ellos? —pregunto.

— Ninna, mi hermana y él era el padre de la niña — responde.

— ¿Cómo se llamaba el padre? —pregunto nerviosa.

— Taylor, como la niña.

Aun con el marco en la mano, voy al cuarto de Dylan y comienzo a vestirme, no me lo puedo creer, ¿me han engañado?

— ¿Qué te ocurre? ¿Por qué estas así? —cuestiona Dylan.

— ¿Qué por qué? Me habéis estado usando todo este tiempo. Os habéis reído de mí, ¿Creíais que no me daría cuenta?

— Llego a este pueblo destrozada por lo que le pasó a mi amor, de pronto apareces tú, tan guapo, perfecto, para tratar de hacer que me olvide de un hombre tan maravilloso como Taylor. Mi hermana y amigas de pronto comienzan a decirme que si él no era legal, que si llevaba doble vida, que me engañaba con otra, algo que me ha costado creerme, cuando soy tan idiota que decido darme otra oportunidad, vengo aquí contigo y me encuentro con que el hombre al que amaba es el padre de tu sobrina. Que casual todo, ¿no te parece? Qué ¿ya os habéis quedado a gusto?

Dylan tiene cara de no entender nada.

— ¿Qué dices? Si te he traído es porque queríamos estar juntos. Te recuerdo que yo solo iba a buscar unas galletas, tu viniste porque quisiste, si hubiera sido eso que dices, te hubiera dicho yo mismo que me acompañaras —responde.

— Qué casualidad que de repente las galletas si estuvieran en su casa. No te creo ¿Por qué no me dijiste entonces que el supuesto padre de Tay era mi novio?

— Porque no sabía que era tu novio, me acabo de enterar ahora, conocía a Taylor desde hace mucho, pero no sabía que precisamente él fuera tu novio, nunca me enseñaste una foto de él. Y no, supuestamente no, te afirmo que tu Taylor es el padre de mi sobrina. Siento que hayas descubierto que tu perfecto hombre fuera un mentiroso, pero no tengo la culpa, no lo sabía, mi familia te ha acogido desde el principio con amor, y respeto, creo que no nos merecemos que pienses eso de nosotros.

Lo miro incrédula, luego bajo las escaleras y me voy de allí. De su casa a donde me hospedo hay una buena caminata, pero me da igual. Llamo al teléfono de mi hermana y le digo que vayan ya las tres a la casa, tengo que hablar con ellas, esto no va a quedar así.

Skye

Después de no sé cuantos kilómetros, llego a la casa. Los pies me duelen, estoy congelada, pero las tres están en el interior de la casa. Mi hermana entraría con mis llaves. Cuando entro, están sentadas hablando tranquilamente frente a la chimenea. Al verme vienen hacia mi preocupadas, estoy tiritando. Así qué Victoria va a prepararme la bañera con agua caliente, y mi hermana me prepara un vaso de leche con canela. Ninguna ha logrado sacarme ni una palabra. Tengo la pintura corrida de llorar por el camino, mi cabeza va a mil por hora, no logro entender porque me hacen esto, me niego a creer que Taylor, mi Taylor fuera un desgraciado.

Me introduzco en la bañera

— ¿Vas a contarnos que te pasa? —pregunta Celine.

Con un nudo de emociones en mi garganta comienzo a hablar. Las tres me escuchan atentamente, cuando llego a la parte del retrato se quedan con la boca abierta, no entienden cómo es posible que Taylor tuviera una hija y no me dijera nada.

— Pero Skye, no puedes decir que esta gente, con los buenos que han sido contigo desde que llegaste te hayan engañado. El que te engañó fue aquel mentiroso, que sí, que está muerto, que todo muy muy trágico, pero eso no quita que se comportara contigo como un mentiroso, pero

aún peor con su propia hija —expone Celine.

— Estoy dolida, no sé qué pensar. Taylor conmigo siempre fue un amor. Me decía que quería tener hijos conmigo, pero si de verdad su hija es Tay, ¿por qué me mintió? Luego lo que me contaste esta tarde sobre él, que me engañaba, me están descubriendo a un Taylor que no conozco, él no era así.

— ¿Qué vas a hacer? —pregunta Juli.

— No lo sé, pero debo averiguar la verdad. Para ello me voy a marchar de aquí.

— ¿Dónde vas a ir? —pregunta Victoria.

— Voy a averiguar todo sobre Taylor, cuando lo haga, cuando verifique quien era de verdad, entonces tomaré una decisión —digo con certeza.

— ¿Qué decisión? —pregunta Celine.

— Sí Taylor era un mentiroso y de verdad tenía una hija, pienso arrancarlo de mi vida para siempre, y os aseguro que jamás volveré a mirar atrás.

Las tres se miran y mi hermana se va, pero cuando regresa me da una nota.

— ¿Qué es? —pregunto.

— Le pedí a mi novio que averiguara cosas sobre Taylor, ya sabes la época que estudió aquí. Ese es el nombre de la familia con la que estuvo de intercambio. Empieza por ahí, él estuvo estudiando en Svenson un pueblo cercano de aquí. Y ahí es donde debió conocer a Ninna, porque esta noche hablando con Solange, me dijo que su hija había estudiado en la universidad de Svenson.

Me levanto y me visto, ya he entrado en calor, me pongo el pijama y me voy a mi cuarto, les pido a Juli y a Victoria que se queden aquí esta noche, luego me encierro en mi cuarto.

Quizás he sido dura con Dylan, si de verdad Taylor me engañó y si él no sabia nada. Esta familia se ha portado conmigo de maravilla desde que llegué. Me siento y escribo una nota para ellos.

Solange, Malcom…

Imagino que Dylan os ha contado mi reacción al enterarme de que Taylor, el que había sido mi prometido era también el padre de vuestra nieta. Mi reacción no fue la más acertada, pero tienen

que comprenderme. El conmigo fue un encanto. Lo conocía o creía conocerle desde la infancia. Jamás me mencionó a la niña, ni por un asomo, no me contó nada de Ninna, se suponía que su centro siempre había sido yo. Me he marchado porque necesito averiguar cosas, si me entero de la verdad tal y como es, os prometo que volveré.

Muchísimas gracias por todo.

Con cariño, Skye

Luego escribo otra, pero esta vez para Dylan.

Dylan…

Siento mucho que me pusiera así contigo. No tengo el valor de ir a mirarte a los ojos y decírtelo. Pero Taylor fue importante para mí y enterarme de esto ha sido un shock, lo tenía por un hombre perfecto, pero estaba muy lejos de ello.

Me he marchado, pero no porque no sienta algo por ti, de hecho sí que lo siento, todo fue perfecto entre nosotros hasta que vi la foto. Como les he dicho a tus padres, me marcho para averiguar la verdad, para saber quién era realmente Taylor, pero te juro que volveré, y si quieres estar conmigo aún te aseguro que seremos los más felices juntos, porque no me marcharé más de este pueblo sino es contigo.

Con amor, Skye.

Por la mañana, después de hacer la maleta, le entrego a mi hermana las cartas y le pido que se las entregue en mano a ellos. Mi hermana y mis amigas se van a ir más tarde, no han podido disfrutar mucho por mí, como de costumbre. El coche que Dylan me prestó se lo he dejado a mi hermana para que se muevan por aquí hasta que se marchen. Las tres me apoyan con la decisión.

Durante cuatro años he llorado la muerte de alguien a quien idolatraba, al que creía todo de él, he estado muerta en vida, culpándome de su muerte, mientras en apariencia el llevaba doble vida, ahora me toca averiguar cuál es la verdad detrás de todo esto.

Skye

Mi llegada a Svenson es inminente. No he tardado mucho en llegar. Es un pueblo que está a dos horas de el de Dylan. Quizás mi marcha haya sido algo rápida, no me he despedido como he debido, pero necesito averiguar la verdad, necesito saber quién era de verdad Taylor y porque me engañó. Durante todo el trayecto en tren he tenido el teléfono apagado, no he querido encenderlo, quizás por cobarde, porque me daba miedo la reacción de Dylan, me gusta muchísimo, y me siento mal por la forma en que le he tratado.

Desde la estación de tren tomo un taxi y me dirijo a la dirección que mi hermana me proporcionó, no sé qué decirles realmente, pero algo se me ocurrirá sobre la marcha.

Cuando me bajo del taxi, me quedo parada en frente a la casa. Me recuerda algo, así que cojo de mi bolso un pequeño álbum que siempre llevo conmigo, desde la muerte de Taylor no me despego de él. Son fotos de Taylor desde niño. Rebusco entre ellas y me quedo helada, es la misma casa, la misma verja, claro ahora está diferente, pero es ella, eso seguro. Según me dijo en su momento, era en la casa de su abuela.

— Hola, ¿puedo ayudarte? —dice una señora de unos sesenta y tantos años.

— Hola, disculpe —comienzo diciendo mientras me guardo el álbum de fotos —. Soy Skye, y estoy preparando un articulo sobre los intercambios de estudiantes, según tengo entendido, aquí lo hacéis, ¿verdad?

La mujer me mira con un poco de recelo, pero luego se va relajando.

— Bueno, aquí lo hacíamos, fuimos los pioneros, pero lo dejamos de hacer por una mala experiencia.

— ¿Qué pasó? ¿Me podría contar?

— Nos robó. No puedo ayudarla más —responde subiendo las escaleras para entrar en la casa.

— Por favor, necesito su ayuda, quiero saber quién fue de verdad Taylor Karlsson, me han contado muchas cosas de él y necesito saber la verdad.

Cuando escucha el nombre me mira, su semblante es muy serio.

— Por favor, no insista, váyase.

Me quedo en la puerta parada, pensé que sería más fácil, pero veo que no.

Camino sin rumbo puesto que el pueblo no lo conozco de nada. Enciendo el teléfono por fin y llamo a Celine, le cuento lo que ha pasado, así que me dice que vaya al instituto donde estudió. Buena idea. Luego veo que tengo un mensaje de Dylan.

Tu hermana me dio la nota. Entiendo que quieras averiguar. Yo hice lo mismo cuando mi hermana murió. No averigüé gran cosa, solo que la familia donde vivió lo pasó tan mal que no quieren ni recordarle. Siento que tu Taylor fuera el mismo. Espero que puedas averiguar. Ojalá que regreses.

Dylan

Lo leo varias veces, lo echo de menos. Me dan ganas de decirle que venga, pero esto es algo que tengo que hacer yo sola, además, no puedo pedirle que deje todo y que se venga aquí por mí.

Pregunto a un señor que veo por la calle, que está desértica, por cierto, que me diga donde queda el instituto, me dice la dirección y voy a él.

Cuando entro, me recibe una señora, que me pregunta que si buscaba a alguien, le pido que me gustaría hablar con la directora, aunque no tengo cita es algo importante, le informo de que un periódico está hablando de los instituto con intercambio y enseguida se anima. Mientras espero observo el pasillo, me traen recuerdos rápidos de cuando yo estudiaba.

— Señorita, puede pasar —dice la mujer indicándome donde debo entrar.

Cuando entro, veo a una mujer sentada tras una mesa, al verme sonríe y se levanta.

— Hola, soy la directora Smind, ¿en qué puedo ayudarla?

— ¡Encantada! Me llamo Skye, y estoy haciendo un reportaje sobre las personas que han hecho intercambio, en especial de una persona en específico.

— Dígame su nombre.

— Taylor Karlsson —digo en plan inocente.

La directora me mira fijamente y luego de estar un rato en silencio comienza a hablar.

— No debería hablar mucho de él. Juramos que no volveríamos a hablar de él nunca más, pero creo que debería haber justicia.

— No entiendo, parece como si ese chico, hubiera hecho algo grabe.

— Lo hizo —responde —. Esto debería contárselo la familia que lo acogió, solo puedo decir que por culpa de ese chico, una chica murió.

Me quedo helada al escucharle decir eso. ¿Cómo que por culpa de Taylor alguien murió?

— ¿Mató a alguien? —cuestiono alzando una ceja.

— No con sus propias manos, pero como si lo hubiera hecho. Pero eso debería hablarlo la familia de la víctima.

— No quieren hablar conmigo. Vi a una mujer esta mañana y no quiso atenderme —respondo moviendo los brazos.

— Imagino que era Rose, la madre. Busque a su esposo, el señor Greg, tiene un local de bienes raíces en esta misma calle, él siempre quiso contar la historia.

— Muchas gracias, señora —digo levantándome y tendiéndole la mano.

Salgo muy desubicada. Estoy alucinando con todas las cosas que han insinuado de él. A lo mejor se trata de otra persona, el Taylor que yo conocí era dulce, cariñoso, no un asesino que dejaba a mujeres tiradas con su hijo. Estoy por irme de este pueblo, no puedo creérmelo. Pero algo me hace quedarme, justo frente al instituto, veo un parque, en él hay un banco, y tengo una foto de él sentado sobre el respaldo con una chaqueta de cuero negra y con un pitillo en la mano. Si no fuera la misma persona, ¿Por qué iba a tener yo fotos de Taylor en este lugar? Camino desubicada hasta la agencia de bienes raíces. Me paro en la puerta y tomo aire. Cuando entro me veo a un señor y a una señora, ambos me miran sonrientes.

— ¡Bienvenida! —responden ambos.

— Buenas tardes —digo —. Estoy buscando a un señor llamado Greg.

— Soy yo —dice el hombre moviendo la mano.

Me acerco y nos saludamos. Me presento pero esta vez no digo que estoy preparando nada, le digo la verdad.

— Perdón mi atrevimiento, me llamo Skye, estuve prometida a Taylor Karlsson. Sé que no quiere ni oír ese nombre, pero recientemente he descubierto cosas de él que me tienen algo confusa, no logro comprender si es como me están diciendo o como lo conocí yo, necesito cerrar ese capítulo de mi vida, pero para ello, tengo que saber quién era.

El hombre me observa en silencio. No tengo ni idea de lo que pueda estar pensando, pero me siento un poco cohibida.

— Para mi familia es un tema muy duro, mi mujer no quiere hablar de ello, recordarlo hace daño, pero entiendo que quieras saber quién es ese tipo.

— Era, porque Taylor murió hace cuatro años.

En su cara puedo ver una pequeña sonrisa de satisfacción, cosa que no me pasa desapercibida.

— ¿En serio? Mentiría si dijera que lo siento. Taylor hizo mucho daño. Mira, voy a hablar con mi esposa, trataré de convencerla, pero no le aseguro nada, ella decidió enterrar ese tema. Si me dejas tu teléfono, te llamaré en cuanto tenga una respuesta —expone.

— De acuerdo, y no puedo imaginar que pueden haber pasado, pero para mí es un tema importante, durante cuatro años he estado culpándome por su muerte, me he enterrado en vida, he estado en depresión desde entonces, y para poder continuar con mi vida, necesito respuestas, pasar página de una vez, para mí es importante saber con quién estuve a punto de casarme.

Le doy mi número de teléfono y me marcho. No sé que hacer, no conozco el pueblo, es más bien pequeño, no hay mucho que ver, y realmente vine aquí para averiguar, me busco una pensión y me alojo en ella, no sé cuanto tiempo estaré aquí, quizás mañana me marche, todo depende de lo que me diga el señor Greg. Después de registrarme en la pensión busco un sitio donde comer, estoy hambrienta. Celine me llama por facetime y le cuento un poco por encima, tanto silencio me da muy mala espina. Si esta familia al final no acepta tendré que averiguar de otra manera, pero tengo que saber quién fue Taylor.

— ¿Qué vas a hacer con Dylan? —pregunta mi hermana.

— No lo sé, creo que me he enamorado de él, pero no sé si después de como me comporté el quiera estar conmigo — respondo.

— Skye, cuando le di la nota y supo que te habías marchado no le gustó, me dijo que hubiera preferido hablar contigo, me dijo que te llamaría.

— Y lo hizo, pero como tenía el teléfono apagado, me envió un mensaje, me dijo que ojalá regresase.

— Pues ahí lo tienes, Dylan está loco por ti. Y te aseguro que aunque no lo conozco, por lo poco que le he visto, se ve una buena persona, no como Taylor, sabes que jamás me gustó.

— Lo sé, estoy confundida. ¿Quién demonios era Taylor?

Me suena el teléfono por la otra línea y cuelgo a mi hermana. Es el señor Greg, me dice que después de un rato hablando y tratando de convencer a su esposa, ha accedido, me cita en su casa en quince minutos. Así que no pierdo el tiempo y me dirijo allí, no quiero que se termine arrepintiendo.

Cuando llego, llamo a la puerta, el señor Greg me abre, me hace entrar. La casa es muy bonita, toda de madera, huele a leña. Entro hacia el salón y me encuentro con un cuadro gigante, en el una chica, preciosa, imagino que será su hija. La señora me encuentra observándolo.

— ¿Era guapa, verdad? —pregunta observando el cuadro.

— Muchísimo.

Me invitan a sentarme.

— ¿Quieres un té o un café? —pregunta esta.

— Un té está bien, gracias.

Unos minutos después, entra con una bandeja y tres tes, luego se sienta a mi lado.

— Mi esposo ha insistido mucho en que te contemos que pasó, después de eso, quisiera que esto quedara enterrado, me duele en el alma recordarlo. Si he accedido es porque comprendo que quieras saber la verdad, creo que mereces ser feliz, ya bastante daño hizo Taylor.

Cojo la taza de té entre mis manos. El vaso está caliente y me da mucho gusto, ya que a fuera hace mucho frio.

— Hace quince años, Taylor llegó a nuestra puerta. Era un muchacho que hacía un intercambio con nuestro hijo, Greg II,

se llama como su padre. El caso es que le acogimos con los brazos abiertos. Taylor era un muchacho alegre y muy despierto. Nos conquistó enseguida. Las primeras semanas era muy servicial y cariñoso. Llegaba a su hora, ayudaba con los quehaceres, era como un hijo más. Por aquel entonces, nuestra hija Clarise, estudiaba en un internado, le dieron unos días libres y vino a casa. Esta y Taylor congeniaron desde el primer momento, esas semanas que Clarise estuvo de vacaciones se volvieron inseparables, hasta el punto en que Clarise, renunció al internado. Nosotros nos opusimos, no a su relación, la veíamos con buenos ojos ya que ambos eran jóvenes, con ambiciones, pero Clarise, cuando terminara el internado se marcharía a América a estudiar derecho. Pero Taylor le quitó de la cabeza ese sueño, por él, decidió quedarse aquí, y estudiar otra cosa. El sueño de ella siempre desde niña había sido ser abogada y estudiar en los Estados Unidos. —expresa con resignación.

La escucho atentamente. La verdad que Taylor era muy de la mujer en casa esperándole, era muy antiguo.

— Para no hacértelo muy largo, Taylor al ver que Greg y yo insistíamos a Clarise para que no dejara los estudios, ni su sueño, comenzó a mandarnos indirectas, comenzó a aponerla en nuestra contra. Greg y yo, decidimos escribir a su familia y contarle, pero nos dijeron que eran cosa de niños, no nos quedó más remedio que echarlo de casa, provocando que Clarise se marchase con él. Nos dolió en el alma que nuestra hija dejara de hablarnos y se marchara con él. Le habíamos cogido mucho cariño, era como un hijo y él nos pagaba así. Una mañana, después de casi un año, Clarise llamó a nuestra puerta, nos quedamos impactados, pues nuestra hija no tenía nada que ver con lo que era un año atrás. Estaba deteriorada, con unas grandes ojeras, delgadísima, nos contó, que Taylor la había abandonado por otra mujer, una chica llamada Ninna, esta chica era nueva en el instituto, era muy guapa, muy popular, luego nos enteramos de que también la engañó. El caso es que Clarise estaba embarazada, nuestra pequeña iba a ser madre con diecisiete años. Taylor no quería saber nada del bebé ni de ella, decía que no era suyo. El apuntaba alto, quería una mujer con dinero para subir.

— Dios mío, estoy alucinando, ¿pero quién era Taylor? A mí nunca me hablo de ella, ni de Ninna, se suponía que era un buen hombre.

— Era un maldito ambicioso, que le daba igual pisar a quien

fuera.

— ¿Puedo preguntar qué fue de Clarise? —cuestiono dudosa,

Ambos se miran y el señor Greg asiente con la cabeza para que continue.

— Nuestra hija trató de continuar con su vida. Decidió tener al bebé y buscar una buena universidad aquí para estudiar derecho, mientras acababa el instituto aquí. Le dijimos que podía irse al pueblo de al lado y acabarlo allí, total eran dos horas de camino y se ahorraría verle la cara en las clases, pero ella dijo que no, que no huiría. Taylor soltó un rumor de ella, dijo que era una promiscua que lo buscó para encasquetarle un hijo que no era suyo. Dijo que se había acostado con medio instituto. Todos le creyeron porque se había hecho popular.

— Esperen, no entiendo, si era un intercambio y ya no vivía con vosotros, ¿Dónde vivía? —pregunto.

— Se las ingenió y consiguió un trabajo en un hotel, trabajaba por las tardes y así se podía pagar la pensión donde se alojaba. No volvió a su casa hasta después de terminar con ella. Mi hija no soportó que todos se rieran de ella, y nos dieron a entender que se arrojó desde la azotea del instituto, pero hay testigos que dicen y confirman que fue Taylor quien la empujó. Mi hija jamás se hubiera suicidado. Cuando le denunciamos, este huyó, y dejó tirada a su otra novia, que también la había dejado embarazada. Durante mucho tiempo lo buscaron sin éxito. Luego dejaron de hacerlo, no había pruebas suficientes. Solo deseo que ese ser lo esté pagando caro donde esté, porque desde luego, al cielo no ha ido.

Me quedo sentada mirando al cuadro de Clarise, no me puedo ni imaginar lo que esta pobre familia ha pasado por culpa de él. No puedo evitarlo y lloro, ambos me tratan de consolar, me hace gracia, ellos que lo han pasado mal me consuelan a mí.

— Lo siento muchísimo, si me pongo así es porque me entristece mucho lo que les ocurrió. Jamás me hubiera imaginado que Taylor fuera así, ni en un millón de años. He estado cuatro años llorando su muerte, sintiéndome culpable por ello. No he vivido hasta ahora, y me doy cuenta de lo estúpida que he sido —respondo.

— ¿Estúpida por qué? Solo fuiste una víctima más de ese cerdo, al menos tú no pasaste por lo que pasaron Clarise y Ninna. Dinos algo, ¿Por qué te sientes culpable de su muerte? ¿Qué ocurrió? —pregunta el señor Greg.

— El día de nuestra boda, se le olvidaron los anillos. Le presioné para que fuera a casa a buscarlos, así que se marchó. En ese momento sentí que le puse nervioso, porque me enfadé por su despiste, así que cruzo sin mirar y un autobús lo arrolló.

El matrimonio se mira y finalmente el señor Greg me confiesa algo.

— Yo lo encontré en vuestro pueblo. Fui a comprar una casa allí, habíamos decidido dejar este pueblo que tantos recuerdos nos traen y cuando me jubilara irnos lejos. Encontré vuestro pueblo y me encantó, así que compré una casita. Cuando me volvía para acá, creí verlo, así que lo seguí, él se sorprendió al verme, iba vestido de esmoquin, me dijo que se iba a casar. Le dije que si no confesaba la verdad, me presentaría en la iglesia y te contaría la verdad. Ahora lo entiendo, fui hasta la iglesia para conocerte, ver cómo era la mujer que se iba a casar con él. Cuando llegué, el cura me dijo que al final no se había celebrado ninguna boda, di por hecho que te lo había contado y lo habías anulado. Pero ahora comprendo que se sintió presionado por mí, porque le estuve acosando días. El murió por su maldita consciencia, no por ti, y aunque sea duro, lo merece. Está donde tiene que estar.

Un velo invisible parece que me cae por los ojos. Ahora puedo ver todo claramente. Cuando me marcho de allí camino sin rumbo. El hombre que quise era una mala persona, mató a una mujer y a su bebé, dejo a otra y a su hija abandonadas, se comprometió conmigo porque tengo dinero, aunque nunca me ha gustado usarlo, lo heredamos mi hermana y yo de nuestros abuelos. Nuestros padres nos educaron para que comprendiéramos que no es más feliz el que más cosas materiales posee, por eso Taylor se me acercó, por eso me dijo que me quería desde siempre, y yo como una estúpida me lo creí. Habíamos sido novios en el colegio, de esos novios que te echas con doce años, como siempre tuvo ese carácter, abierto, dicharachero, me lo creí. Solo quería estar conmigo por mi herencia. Me marcho a la pensión y me meto en la cama, no a dormir, sino a pensar.

Dylan

La verdad que me quedé sin saber qué hacer cuando descubrí que el padre de mi sobrina era el mismo hombre con el que se iba a casar

Skye. Por lo poco que ella me había contado de él y lo mucho que lo idolatraba, pensé que era otra persona. No sé si fue bueno que Skye encontrara esa foto, pero si le sirve para averiguar cómo era este realmente, bienvenido sea. No quise decirle nada de lo que le hizo pasar a mi hermana porque lo tenía en un pedestal, y no quería que pensara que me lo estaba inventando. Es preferible que lo averigüe por ella misma. Su hermana me contó que se fue a Svenson para saber que ocurrió realmente. Yo sé todo, Ninna me lo contó en su momento, me contó lo de Clarise, menos mal que mi hermana pudo librarse de él, porque si le llega a ocurrir algo así a Ninna y no sé qué le hubiera hecho a Taylor. Si tenemos una foto de él es por la niña, de buena gana le quitaría la foto, pero en fin y al cabo es su padre y ya no está entre nosotros.

— Dylan, Skye regresa esta noche —dice mi madre —. Me lo ha dicho Celine. Voy a preparar una cena o algo para recibirla.

— No sé si ella tenga ganas de verme —digo.

Celine que está en ese momento hablando con mi madre por videollamada me escucha.

— Mi hermana tiene ganas de verte, solo que tiene miedo a que la rechaces por la forma que tuvo de tratarte —expresa.

— No, por favor. Entiendo que se enfadara, más bien me siento mal yo por no haber evitado que se marchara así. Se me ha ocurrido algo, pero necesito que me ayudéis.

Con la ayuda de mi madre y mi padre comienzo a preparar mi idea.

Skye

Llego a Rayo de Luna después de dos horas de tren. He estado pensando mucho en lo que me he enterado de Taylor, me tenía completamente engañada. No tiene nada que ver con el hombre que mostraba ser. Después de dormir unas horas, paseé por el pueblo, ya que el tren no salía hasta las seis de la tarde. Solange me ha dicho que me viene a buscar, me da algo de corte después de cómo me marché.

Cuando me bajo del tren, a lo lejos la veo, me saluda con la mano y con su enorme sonrisa. Llego a ella y me da una vergüenza horrible, pero ella se abalanza sobre mí y me da un fuerte abrazo.

— Bienvenida de nuevo a Rayo de Luna —dice.

— Muchísimas gracias. Solange, antes que nada quería disculparme, supongo que Dylan os habrá contado mi reacción al ver la foto de Taylor en su casa. Lo siento muchísimo, fui una idiota, pero me sorprendió tanto, he estado tan engañada durante tantos años por él —expongo nerviosa.

— No tienes por qué disculparte, se entiende tu reacción, tenías una perspectiva de él contraria ¿Cómo te sientes ahora?

— Estafada, engañada, desilusionada, perdida, pero aunque parezca una locura, liberada.

— Entiendo —dice caminando hacia el coche.

— ¿Cómo perdonaste a Taylor con lo que le hizo a Ninna? —pregunto.

— Ninna, era todo amor, nos enseñó que con el odio no se soluciona nada, en cambio con amor todo se puede. Nos dijo que Taylor hizo algo bonito, a nuestra nieta, y eso es algo que tenía razón, decidimos no llenar nuestro corazón con rencor, sino con amor.

— Me encanta la forma en la que veis en el mundo, me encantaría poder verlo así —respondo.

— Lo harás, de ello estoy convencida.

Mientras vamos en el coche, veo que no toma el camino de siempre, sino que toma una bifurcación.

— ¿Dónde vamos? —pregunto.

— Tengo que recoger a la niña, está con una amiga — responde.

Cuando llegamos unas bonitas luces alumbran un porche, es precioso, la noche está estrellada. Son unas cabañas.

— No sabía de este lugar —digo.

— Son unas cabañas que estaban bajo reforma.

Solange aparca y nos bajamos, me dice que me siente un momento en las escaleras del porche y ella entra.

Aunque hace frio, la noche esta perfecta, huele a tierra mojada, a naturaleza y después de muchos años, me siento en paz. Estoy sumergida en mis pensamientos cuando me doy cuenta de que Solange está en el coche y se está marchando, me levanto y me dice adiós con una sonrisa. ¿Me ha dejado sola?

— ¡Buenas noches! —escucho tras de mí.

Cuando me doy la vuelta, me encuentro con Dylan que me mira con sus preciosos ojos.

— Buenas noches —respondo tímidamente.

— Siento la encerrona, pero no sabía si te apetecía verme —dice.

— Claro que sí, me apetecía mucho Dylan —expongo acercándome a él —. No sabes la falta que me has hecho

Nos abrazamos fuertemente, como si fuéramos a partirnos, siento tanta felicidad, tanta seguridad en sus brazos. Dylan me coge de la barbilla y me da un pequeño beso en la nariz para luego bajar hasta mi boca.

Durante una cena deliciosa, le cuento todo lo que pasó en Svenson. Me abro como jamás me había abierto nunca. Me siento feliz y segura contándole todo.

— Dylan, no voy a regresar a Noruega, me quiero quedar aquí —digo.

— Con eso contaba, no pienso permitir que te vayas de mi lado jamás.

Epílogo

Tras un invierno gélido, pero a la vez precioso, ha llegado la primavera. Los primeros brotes de hojas han comenzado a salir, correteo entre los árboles jugando con Taylor. La pequeña me ha cogido mucho cariño.

Hoy justo hace un mes que Dylan y yo nos casamos. Lo hicimos en una boda intima donde estuvieron mis padres, mi hermana y su marido, mis amigas, y la familia de Dylan.

Cuando llegué a este pueblo, lo hice llena de miedo, de culpa, pues sentía que la muerte de Taylor la había ocasionado yo, pero no, ese día en el que él se murió, también morí yo, me enterré en vida. Tuve que venir a un pueblo donde todos son felices, donde acogen a las personas con los brazos abiertos para darme cuenta de que yo no era la culpable y que merecía ser feliz. El otro día, Celine me preguntó si había perdonado lo que Taylor había hecho, la respondí que sí, aunque en su momento creí que no podría hacerlo, lo he hecho, me he dado cuenta de las palabras de Ninna a Solange y ahora tienen sentido para mí, nada se construye desde el odio y el resentimiento, yo me odié durante cuatro años, solo cuando volví a amarme, pude arrancar el odio y me di cuenta de lo hermosa que es la vida, ahora soy inmensamente feliz. Ahora comprendo porque este pueblo se llama Rayo de Luna, porque aún en la oscuridad, la luna siempre, siempre nos alumbra, porque allá donde vayamos, nuestra luz iluminará.

— ¿Te he dicho ya lo bonita que estás con esa corona de flores? —pregunta Dylan abrazándome.

— ¿Y yo te he dicho ya que te amaré por lo que reste de vida?

Agradecimientos

Gracias a las personas que han leído la historia y la han disfrutado. Esta historia es bonita con un mensaje de trasfondo.

A mis cero, gracias por el apoyo.

Si te ha gustado, te agradezco una reseña en Amazon. Sino ha sido así, por favor no dejes nada, no beneficia al autor.

Últimos trabajos

Francia siglo XV

Claudine es dulce, rebelde, obstinada. Su familia era de las más ricas de Illestine, pero por la mala cabeza de su tío han perdido todo. Para que nadie se entere, su padre Gustav la compromete con Stepahne Montec, un hombre duro, estricto. Stepahne es viudo y tiene una niña de cinco años. Se casa con Claudine para darle una madre a su hija, ya que él está todo el día viajando.
Aunque al principio la vida entre ellos es difícil debido al carácter rebelde de Claudine, entre ellos ira surgiendo algo, pero no lo tendrán fácil, pues la supuesta mujer de Stephane aparece viva, y creara entre ellos un distanciamiento que solo el destino será capaz de unir, o quizás terminarlos de separar.

Una historia deliciosa para los amantes de la historia.
Sensual, adictiva.
Primera de la serie Destino

Lena White tiene una vida que detesta. Su trabajo lo aborrece, su jefa le hace la vida imposible cada vez que puede.
Vive en un miniapartamento de San Francisco donde huele a rancio por culpa de un restaurante que tiene debajo de su casa.
Un día sale de fiesta con unas amigas y acaba en un local al que no tenía que

ir. Cuando despierta por la mañana su vida es totalmente diferente. Le ha tocado la lotería, a su jefa la han despedido, y ahora ella ocupa su puesto y encima, ha conocido a el chico al que nunca se atrevía a hablar.
La suerte puede cambiar cuando menos te lo esperas.